



María Enriqueta Camarillo de Pereyra

Rosas de la infancia
lectura para los niños
Libro segundo

Índice

Primera parte

- 1 -

La bandera

- 2 -

Buen niño

- 3 -

La tortuga sabia

- 4 -

¡Viva el vencedor!

- 5 -

Invierno y primavera

- 6 -

¡Pobrecitos!

- 7 -

La madre

- 8 -

Solo hay una madre

- 9 -	La vid
- 10 -	Dios
- 11 -	La abeja
- 12 -	Niño malo
- 13 -	¡El lobo, el lobo!...
- 14 -	El álbum
- 15 -	La garza y la culebra
- 16 -	Cumple con tu deber
- 17 -	La vaca
- 18 -	La chiquilla habladora
- 19 -	El emperador y la camisa
- 20 -	Estudio
- 21 -	La oración del niño
- 22 -	El tulipán
- 23 -	La niña y el rosal
- 24 -	Mi encina
- 25 -	Adivinanza
- 26 -	La liebre y la tortuga
- 27 -	La fuente mansa
- 28 -	La camelia y la violeta
- 29 -	Gravemente enfermo
- 30 -	Dinero
- 31 -	Patitas blancas
Segunda parte	
- 32 -	¡Castigado!
- 33 -	

La mosca ilustrada
- 34 -
Teresa
- 35 -
La gallina que ponía huevos de oro
- 36 -
Versos
- 37 -
Pajaritos al aire
- 38 -
La rana
- 39 -
La hormiga y la cigarra
- 40 -
El sándalo
- 41 -
El vendedor de manzanas
- 42 -
Los dos osos
- 43 -
El roble
- 44 -
Dura lección
- 45 -
Londres
- 46 -
El burro y la cigarra
- 47 -
Manos ásperas
- 48 -
La lámpara y el sol
- 49 -
La gallinita blanca
- 50 -
Flores y lluvia
- 51 -
Los chiquillos y las ranas
- 52 -
La florecilla azul
- 53 -
La florecilla azul
- 54 -
Estudio
- 55 -
Arañita ocupada
- 56 -
La primavera
- 57 -
El tío Jacobo
- 58 -

Compañera inseparable
- 59 -
Valentín
- 60 -
Un león y un ratón
- 61 -
«Soy valiente y seré general»
- 62 -
Tratemos a los criados como a iguales
- 63 -
La nieve y el hielo
- 64 -
Pastillas de chocolate
- 65 -
El zorro
- 66 -
El aguacero
- 67 -
La casa y el nido de golondrinas
Tercera parte
- 68 -
¡Amada patria!
- 69 -
¡Duerme, niño lindo!
- 70 -
¡Tan, tan, tan!
- 71 -
La rosa amarilla
- 72 -
El caracol desobediente
- 73 -
Alfonso
- 74 -
Los diez enanos
- 75 -
Juego divertido
- 76 -
¡Escuchad el consejo!
- 77 -
La cabra Viqueta
- 78 -
La avispa
- 79 -
Los periquillos
- 80 -
Acuarela
- 81 -
El eco
- 82 -
Consejo

- 83 -
La semilla de plátano y la calandria
- 84 -
La modestia
- 85 -
Fuego en el bosque
- 86 -
El fuego en el bosque
- 87 -
El perro y el gato
- 88 -
Estudio
- 89 -
El paralítico
- 90 -
Cuento
- 91 -
La canción de la madre
- 92 -
El polichinela

Primera parte

- 1 -
La bandera

Ved a esa pobre mujer que viene por la calle con un niño en los brazos. La mujer viste de negro. Es que ha muerto su esposo. El niño es huerfanito.

La mujer tiene una cara muy triste. Sus ojos están llenos de lágrimas. Ha cruzado penosamente la calle, porque está enferma.

Pero de pronto unos tambores y unas cornetas suenan por la esquina, y el batallón aparece...

Los chicuelos, alegres como pájaros, gritan y corren hacia el fin de la calle.

El batallón avanza.

Los tambores hacen: tan, tant, rataplán, plan, plan...

La mujer que trae al niño en los brazos se detiene también.

El batallón se acerca, se acerca...

-6-

La música estalla de pronto, y todas las gentes se detienen para ver el desfile.

Ha llegado, por fin, el hermoso batallón.

Pasan primero algunos soldados; éstos son los que llevan los tambores. En seguida pasa la música. Después más soldados, después más; y de pronto aparece el abanderado, esto es, el oficial que lleva la bandera.

-¡Viva!, ¡Viva! -gritan los muchachas al verla.

-¡Viva!, gritan todas las bocas.

Y la mujer, la triste enlutada, siente un arrebató, y sin contenerlo, avanza hacia la mitad de la calle, alza al niño en sus brazos, y cogiendo una punta de la hermosa bandera, la pone en los labios del niño.

Este, sin saber lo que hace, porque es muy pequeñito, besa la bandera y sonríe...

Pero ese hermoso espectáculo llena de asombro a todos, y pone lágrimas en muchas pupilas.

Ahora el rostro de la mujer, est  iluminado por una sonrisa de felicidad.

La bandera, nuestra hermosa bandera tricolor, la ha confortado.

-¡Viva la bandera mexicana!

Debemos respetar y amar nuestra bandera, por que ella representa a la Patria.

-7-

Cuestionario

-¿Cómo se llama este cuento? -¿Cuántos colores tiene la bandera? -¿Qué quiere decir tricolor? -¿Qué hizo la mujer cuando vio la bandera? -¿Qué hizo el niño? -¿Por qué estaba enluta da esa mujer?

- 2 -

Buen niño

En la casa sólo viven Mauricio y su abuelita. Cuando la criada dice: -«Ya est  la sopa en la mesa», Mauricio, que tiene cinco años, corre al cuarto de la abuelita y la ayuda a levantarse del sillón.

La buena señora, apoyada en el niño, va hacia el comedor. Y durante la comida, Mauricio le acerca los manjares y la divierte refiri ndole cosas muy interesantes.

Por la tarde, si la abuelita sale al jardín para tomar el fresco, Mauricio, después de ayudarla a sentarse en el banco, se retira precipitadamente hacia el fondo del patio.

¿Es que est  ansioso por ir a jugar? No. Sig mosle con la vista, y veremos lo que hace. Miradlo: est  cortando una azucena. Esa azucena es la más grande, la más blanca, la más linda. Y una vez que la tiene en su mano, corre con ella... ¿hacia dónde? Hacia all , hacia la sombra de las parras,

hacia el banco donde está sentada la abuelita.

Se llega afanoso, contento, y alargando la flor a la señora, le dice sencillamente:

-Abuelita querida, te traigo esta azucena...

Y parece que esa flor es cosa más grande que un tesoro, porque la abuelita, que siempre está preocupada y triste, recibe la flor sonriendo, y después que la mira largamente, la coloca en su regazo, junto al libro de oraciones.

Una mariposa pasa volando, y el niño dice:

-Yo quisiera dártela también.

La abuelita hace en el aire un movimiento con la -8- mano, como si fuera a cazar la mariposa, y exclama:

-Ya la tengo aquí...

-¿De veras? -dice el niño.

-¡De veras! -responde la abuelita.

Entonces Mauricio, contento porque la abuelita tiene una mariposa y una azucena, pone su cabeza en el regazo de la señora, y queda allí en reposo, como un pajarito acurrucado.

-¡Buen niño! -dice don Julio, el viejo amigo de la casa, entrando en el jardín.

Y Mauricio, al oír esa exclamación, siente que un hermoso orgullo palpita dentro de su pecho.

No hay orgullo más noble que el de ser bueno.

Cuestionario

-¿Qué regalo hizo Mauricio a su abuelita? ¿Qué hacía el niño cuando la criada avisaba que ya estaba la sopa en la mesa? -¿Cuál es el orgullo más noble? -¿La abuelita cazó una mariposa? -¿Era Mauricio un buen niño?

- 3 -

La tortuga sabia

En esa hermosa mañana, la alameda estaba llena de chiquillos que jugaban en las rotondas. Pablo, que se había cansado mucho de correr tras el aro, se acercó a la fuente del centro y se sentó en el borde.

Ya instalado allí, metió las manos en el agua, y vio que una gran tortuga avanzaba hacia él. Retiró las manos y observó en silencio al animal.

-9-

La tortuga caminó más y más, y cuando ya es tuvo junto de Pablo, alzó

gravemente la cabeza, miró al niño y le dijo con una voz muy extraña:

-Pablo, escucha.

No martirices a los animalillos. No caces mariposas.

No robes los nidos de los pájaros. No rayes el pupitre en la escuela.

Cuida tus libros.

Atiende a la voz de tus maestros. No te manches los dedos con tinta.

Camina juiciosamente por la calle. Cuida tus juguetes.

No riñas con tus compañeros de colegio. Y da limosna a los pobres.

La tortuga, dicho esto, bajó la cabeza, movió sus patas, giró hacia un lado, y se alejó gravemente, como había venido, hacia la orilla opuesta de la gran fuente redonda.

Pablo quedó pensativo.

Y después, cuando ya volvía a su casa, un mendigo tendió la mano a Pablo, y éste, sacando de su bolsillo la única moneda que llevaba, la entregó al pobre.

-¡Qué hermosa acción! -dijo una señora que pasaba.

Y el niño pensó para sí: «He aquí lo que puede una tortuga».

No desoigas el buen consejo, aunque éste venga de la boca de una humilde tortuga.

Cuestionario

-¿Qué cosa aconsejó la tortuga a Pablo? -¿Qué hizo el niño al volver a su casa? -¿Tenía mucho dinero en el bolsillo? -¿Era una tortuga sabia la tortuga de este cuento?

-10-

- 4 -

¡Viva el vencedor!

¡Viva el vencedor!

Con este grito saludaron todos los niños a Roberto Valle cuando éste entró en el colegio a la mañana siguiente, después de haber ganado el premio de un concurso que se había efectuado el día anterior.

Pero, ¡cosa extraordinaria! Roberto, en lugar de estar contento por el éxito, parecía triste, y aquellas felicitaciones lo molestaban.

En su casa, cuando el señor Valle, su papá, le dijo:

-«Hijo mío, estoy muy orgulloso de ti; continúa por ese camino para que sigas haciéndome dichoso», Roberto, volviendo la cabeza hacia un rincón, estuvo a punto de romper en lágrimas.

¿Era modestia de Roberto? ¿Era timidez? No: era remordimiento.

¡Es posible! ¿Remordimiento?... Pero ¿remordimiento de qué?

De esto: de que el problema importante que se le había puesto en el concurso lo había copiado, a hurtadillas, del cuaderno de un alumno que estaba junto de él.

Este problema era la parte difícil del concurso, y habiendo salido bien en él, pudo perfectamente ganar el premio.

Nadie había sospechado el ardid de Roberto. ¡Ah!, pero él no tenía desde entonces ni un instante de reposo.

Por eso ahora que le gritaban sus compañeros:

-11-

-«Viva el vencedor», él, en vez de sentirse orgulloso y contento, se sentía humillado y triste...

La tranquilidad y la paz, que siempre estaban con él, habían huido para siempre de su corazón...

Tomad ejemplo de la desventura de este niño, y guardaos bien de cometer un error igual. Huid de la mentira.

Cuestionario

-Si nadie había visto el engaño de Roberto, ¿por qué estaba él tan triste?

-¿Sabéis lo que es la conciencia? ¿Qué dijo el señor Valle a Roberto?

-¿Qué obligaba al niño a estar tan triste? -¿Qué cosa es el remordimiento?

- 5 -

Invierno y primavera

En los países fríos, el invierno es muy penoso para los pobres pajarillos.

Por eso se alegran al llegar la primavera.

Ved ese pájaro que canta en la rama deshojada de un árbol: es un gorrión.

¡Qué contento está!

Es que recuerda la primavera y se alegra pensando en ella.

Gorrión, has llegado demasiado pronto. La primavera no viene todavía.

¿Por qué llegas tú tan temprano?

La primavera vendrá, pero no ahora; está hoy muy lejos de nosotros, en los países amados del Sol.

-12-

Pero aunque es invierno, las flores no faltan.

¿No veis en los bordes de los senderos unas pequeñas florecillas moradas que parecen sonreír?

Son las violetas.

¿Os gusta su color? ¿Os gusta la forma de estas lindas florecillas?

Dicen que la violeta es la representación de la modestia.

Una niña que es modesta, nunca dice que ella sabe más que sus compañeras de escuela, o que ella escribe mejor sus planas que las demás niñas.

La violeta nunca dice estas cosas, y siempre trata de esconderse debajo de las hojas verdes para que las demás flores no la vean.

Las violetas, sin hacer daño a nadie, sonríen y dan su perfume silenciosamente. Ellas nunca han dicho: «Ese olor delicioso que hay en el viento, sale de nuestro cáliz».

Aprended la modestia de la violeta, y procurad ser como ella.

Cuestionario

-¿Cuáles la flor que representa la modestia? -¿Qué hace una niña que es modesta? -¿Y qué hace una que no lo es? -¿Qué pajarillo ha llegado demasiado pronto a la rama del árbol? -¿Dónde está en estos momentos la primavera? -¿vendrá después que pase el invierno?

-13-

- 6 -

¡Pobrecitos!

El viento del Norte sopla;
vuelven la nieve y el frío,
y los pájaros se quejan.
¡Pobrecitos!

De alguna choza desierta
buscarán el triste abrigo,
la cabeza bajo el ala,
¡Pobrecitos!

- 7 -

La madre

La persona a quien más quiero en el mundo, es mi madre.

¡Qué buena es!

Sus miradas son suaves como el cielo en las tardes serenas.

Y su voz es tan dulce como las canciones.

De noche, mientras yo duermo, ella cose a la luz de la lámpara. La he visto alguna vez que he despertado.

¡Qué buena!

De día, cuando volvemos del colegio, nos llama a su lado y nos cuenta unos cuentos muy hermosos, -14- donde las hadas bajan del cielo con las manos llenas de regalos.

Después nos parte el pastel de manzanas, y nos da, junto con él, requesón y leche.

Apenas comenzamos a saborear todo esto, el gato viene a pedirnos algo de nuestra merienda. Y si mi hermano, que a veces es malo, da puntapiés al gatillo, mi madre dice:

-No hagáis daño a ese pobre animal, que nada os hace.

Mi madre es tan buena, que no sólo piensa en nosotros, sino hasta en el pobre gato, que es un animalillo espeluznado, muy feo, que siempre está durmiendo en la carbonera.

Mi madre cuida de nuestros alimentos, de nuestros vestidos y de la casa entera.

Si llama a la puerta un pobre, éste nunca se va con las manos vacías.

Una vieja que viene casi todos los días por lo que sobra de la mesa, dice que en nuestra casa siempre seremos felices, porque mi madre es un ángel.

Y yo creo que la vieja tiene razón. Pero mi madre no enseña las alas, porque es modesta, como la violeta.

Hay que amar a las madres con toda el alma.

Cuestionario

-¿Qué hace la madre mientras sus hijos duermen? -Cuando se acerca el gato, ¿qué dice la madre? -¿Cómo es ese gato que viene a pedir algo de la merienda? -¿De qué se compone la merienda de estos niños? -¿Se da limosna a los pobres que llegan a esta casa? -¿Qué dice la vieja? -¿Tienen alas las madres? ¿Por qué las ocultan?

- 8 -

Solo hay una madre

(Versos para recitar de memoria)

Millares hay de estrellas en el cielo,
millares, en el mar, de ricas perlas,
millares hay de pájaros canoros,
millares hay de blancas azucenas;

millares hay de peregrinas flores, 5
millares de pintadas mariposas,
y millares de perlas de rocío;
pero madre, en el mundo, hay una sola.

- 9 -

La vid

La vid es la planta que da la uva.

La vid que nace en el campo y que nadie cuida, se llama «vid silvestre».

Y la vid que crece en los huertos y en los patios de las casas, se llama «vid cultivada». Y se le dice cultivada, porque la riegan y cuidan.

Escuchad esta pequeña, historia:

Una vid silvestre, que crecía en medio de un cercado, decía una vez a la vid cultivada:

-¡Cuánto te compadezco!... Te podan, te molestan, -16- te atormentan, mientras que yo crezco libremente y soy feliz.

-Sí, -respondió la vid cultivada-; vives libremente, pero tus frutos, en cambio, son amargos y no sirven para nada, mientras que con los míos se hace un vino que conforta y es útil. Mi felicidad consiste en trabajar para los demás, y en dar todos mis frutos sin exigir ninguna recompensa. La vid silvestre, avergonzada, nada respondió y se ocultó entre las zarzas que la rodeaban.

Esa planta silvestre, de fruto amargo que a nadie sirve, es semejante al perezoso, al perezoso, al que no quiere dejarse cultivar e instruir. Procuremos parecer nos a la buena vid, que no teme el trabajo, para poder un día dar a todos sus deliciosos frutos.

Cuestionario

-¿Cómo se llama la vid que está cultivada? ¿Y cómo se llama la vid que nadie cuida ni riega? -¿Cuál de estas dos vides es la mejor y más útil? -¿A cuál de esas vides quisierais pareceros? -¿Se avergonzó la vid silvestre de lo que le dijo la vid cultivada? -¿A quién se parece la vid silvestre?

-17-

- 10 -
Dios

Lilí, la pequeña Lilí, quería saberlo todo.
-¿Qué es eso? -pregunta a su mamá cuando el viento golpeaba la puerta del balcón.
-Es el aire, niña mía -replicaba la señora.
-¿Y eso que se mueve en la pared?
-Es el reloj.
-¿Quién lo hizo?
-Un hombre que se llama relojero.
-Cuando uno es grande, ¿puede hacer relojes?
-Sí.
-Oye, mamá, ¡qué bonito!: las campanas están sonando... ¿De qué son las campanas?
-De bronce.
-¿Quién las toca?
-El campanero.
-¿Quién las hizo?
-Un hombre.
-¿Podrá papá hacer una campana?
-Sí; pero ahora dejemos las preguntas, y ¡a levantarse!...
Lilí, obediente, endereza su gracioso cuerpecillo, y saca por un lado de la colcha, un pie regordete y sonrosado como los bombones.
-Vamos a ver -dice la mamá- ¡a ponerse las medias!
Lilí estira el pie, y la señora comienza a cubrirlo lentamente con la medicilla azul.

Pero Lilí, al ver la pequeña media, exclama:

-¿Dónde hacen las medias?

-En la fábrica.

-18-

-¿Quiénes las hacen?

-Los hombres.

En ese momento entra corriendo Miguelillo, el hermano de Lilí, con una gran rosa blanca en la mano.

-Toma, Lilí -le dice-; acabo de cortarla para ti del arriate.

Lilí, encantada, pone sus ojos radiantes sobre aquella linda rosa, y

después de aspirar su perfume, la ve largamente y pregunta en tono grave:

-¿Quién hizo esta rosa?

-Dios -responde al punto la madre.

La respuesta es sencilla; pero Lilí, asombrada, comprende que los hombres no pueden hacer una rosa, y entonces, por primera vez en su vida, detiene su caprichoso pensamiento, y medita en Dios y en su grandeza...

Alabemos al Señor, que está en el cielo, y que es autor de tanta maravilla.

Cuestionario

-¿De qué son las campanas? -¿Un hombre puede hacer un reloj? -¿Y puede hacer unas medias? -¿Qué trajo Miguelillo a Lilí? -¿Quién es el único que puede hacer una rosa? -¿Debemos alabar a Dios?

-19-

- 11 -

La abeja

(Versos para recitar de memoria)

La abejita saca miel
de la rosa,
de la rosa y del clavel;
la abejita es hacendosa.

Una voz nos aconseja 5
que imitemos a la abeja,
porque es útil y oficiosa.

- 12 -

Niño malo

Cuando Alfonso está en la casa, se le oye decir a todas horas:

-¡Mamá! mira a Juan, que me está empujando. Pasa un rato, y Alfonso exclama:

-¡Mira, mamá! Lili me está haciendo gestos.

Más tarde grita:

-Luis me cogió mi lápiz.

Y a poco:

-Mira al perro, que me está mordiendo los zapatos...

En el colegio las acusaciones son incesantes:

-Señor, Pedro me sacó la lengua.

-20-

-Señor, María Luisa está haciendo gallitos de papel...

-Señor, Carlos me está dando puntapiés por de bajo de la banca.

-Señor, Lola y Carolina están platicando.

-Señor, Guillermo me dio un codazo.

-Señor, el niño Gómez me está tirando con bolitas de papel.

-Señor, Miguel pidió permiso de salir, y no ha vuelto.

-Señor, el gato se está afilando las uñas en las macetas...

A este niño le huyen sus hermanos; le huyen sus maestros; le huyen sus compañeros; le huyen hasta el perro y el gato...

Es un niño insoportable, que sólo se ocupa en acusar a sus prójimos.

Huyamos de su compañía, y cuidemos de no parecernos a él, para no ganarnos el odio general.

Hay que ser benévolos para contar con la simpatía de los hombres y con el cariño de Dios.

Cuestionario

-¿Cómo se llama ese niño intratable? -¿En qué se ocupaba? -¿No tenía amigos? -¿En la casa se portaba lo mismo que en la escuela? -¿Qué debemos hacer cuando nos encontremos con un chiquillo igual?

-21-

- 13 -

¡El lobo, el lobo!...

La mamá de Margarita dijo a ésta un día:

-¿Eres tú quien ha dejado abierta la puerta de la cocina? El gato se ha bebido la leche.

-No, mamá, no he sido yo.

-Pues es muy extraño -dijo la señora- por que yo dejé la puerta muy bien cerrada.

Otro día, la mamá dijo así:

-Margarita: ¿has tomado las tabletas de chocolate que dejé sobre la mesa? Ya no están allí.

-No mamá, no las he visto; quizás el gato...

-Hija mía, dijo la señora con tono grave: los gatos no comen dulces. Y yo estoy muy triste, por que faltas a la verdad; esto es, que dices mentiras.

Mentir es un horrible defecto que puede traer espantosas consecuencias: escucha esta pequeña historia que voy a contarte:

Había una vez un pastorcillo que cuidaba un rebaño de ovejas. Cierta día, al pastor se le ocurrió gritar fuertemente: «¡El lobo! ¡Viene el lobo! ¡Auxilio!...». Al oír estos gritos, los hombres que trabajaban en los campos cercanos corrieron a prestar su ayuda al pastorcillo, pues ya se sabe que los lobos se comen a las ovejas. Cuando llegaron adonde estaba el pastor, vieron que no había lobo ninguno, y disgustados por aquella mentira, se volvieron violentamente a sus trabajos. Poco tiempo después el pastor volvió a gritar como antes: «¡El lobo, el lobo!». Pero los hombres que primero habían venido con tanta prisa, dijeron al oír el grito del pastor: «Otra vez querrá chasquearnos, mas no lo conseguirá, -22- porque no iremos». Y efectivamente no fueron. Pero esta vez el lobo había venido de verdad, y el pastorcillo vio, sin poder evitarlo, cómo el lobo caía sobre el rebaño, y se llevaba entre los dientes a la oveja más tierna y más querida...

El pastorcillo, arrepentido, no volvió jamás a decir ninguna mentira, porque vio las fatales consecuencias que la mentira trae consigo.

No olvidéis esta historia, pequeños.

Huyamos de la mentira, y amemos la verdad y la lealtad.

Cuestionario

-¿Cómo gritaba el pastor? -¿Quiénes fueron en su auxilio? -¿Qué vieron los campesinos al llegar? -¿Y qué hicieron éstos la segunda vez que el pastorcillo volvió a pedir socorro?

- 14 -

El álbum

-Abuelita -dicen en coro los tres nietecitos- enséñanos el álbum de los retratos.

-Sí -responde al instante la abuelita-; os habéis portado bien, y, por tanto, merecéis que os dé gusto.

Y dicho esto, saca del ropero el gran álbum azul y dorado.

-Sentaos junto a mí -dice a los niños.

Y comienza a hojear el álbum.

-Ved -dice Clarita- éste es papá grande, con su bastón...

-23-

-Aquí está la abuelita -dice Luisillo- con sus anteojos y su tabaquera.

-Miren a mamá -grita con entusiasmo Lolita-; tiene su abanico en la mano y sonrío.

-Miren a papá vestido de cazador.

-¿Conocen a este caballero? -pregunta la abuelita.

-Es tío Leopoldo -gritan en coro los niños solamente que ahora está más delgado.

-Y esta señora, ¿quién será?

-Es mi madrina -dice Clarita con orgullo mirando aquella señora que tiene una rosa en la mano.

-¡Un soldado! -grita Luisillo al volver la página: -¿quién es, abuelita?

-Es un general, amigo de vuestro padre. No lo conocéis porque hace mucho tiempo que vive en el extranjero.

-¿Y este señor gordo, tan simpático, que sonrío con tanta bondad y que tiene un libro en la mano? -¡Ah! Este señor es don Pedro López, un hombre muy rico y muy bueno, que quería mucho a los niños. Ya murió, hijos míos, ya murió.

-¿Ya murió? -dicen los pequeños en tono triste-: ¡pobrecito!

El álbum es muy grueso, y los personajes desfilan por él en actitudes diversas. Los niños no se cansan de volver las páginas y de observar con detenimiento.

De pronto, al dar vuelta a una hoja, aparece un muchacho como de quince años, con el sombrero un poco ladeado y la mirada muy penetrante.

-¿Quién es? -preguntan los tres niños ansiosamente.

-24-

A la abuelita se le ensombrece el rostro, y volviendo rápidamente la hoja, responde con una voz muy temblorosa:

-No lo conozco.

¡Ah!, queridos niños. La abuelita sí lo conoce; pero no ha querido

nombrarlo: es su hijo, es Alfredo, un mal muchacho, un pícaro que estuvo a punto de matar a disgustos a su pobre madre...
Sed vosotros buenos hijos, para que vuestros padres no se avergüencen de conoceros.

Cuestionario

-¿Os gusta hojear un álbum? -¿Os habéis retratado? -¿Qué personajes desfilaron por el álbum de la abuelita? La madrina de Clara, ¿qué tenía en la mano? -¿Con qué traje estaba retratado el abuelo de los niños? -¿Cómo se llamaba ese señor que había muerto?

- 15 -

La garza y la culebra

Una garza vieja que andaba de paseo con sus chicuelos, encontró una culebrita que venía en dirección hacia ella, y le dijo:

-Criatura vil, vete de aquí: ¿cómo se atreve a venir a asustar a mis chicuelos un animal sin patas, que tiene que arrastrarse por el suelo? No te despedazo, porque no eres digna de que mi agudo y elegante pico toque tu piel babosa.

La culebrilla enroscó la cola, y alzando la cabeza de la arena caliente en que estaba acostada, respondió a la garza

-Bueno señora, le deseo toda clase de felicidades; nadie la ha llamado por aquí... Váyase a cuidar -25- sus polluelos, que están muy debiluchos, y usted misma tome precauciones para no caer, porque con esos zancos puede usted ir al suelo... A las criaturas que caminamos por abajo, no nos hacen daño las caídas.

Al siguiente día Volvieron a encontrarse la garza y la culebra. Pero ¡qué cambio tan notable en tan corto tiempo! La pobre garza saltaba con gran dificultad, pues tenía una pata hecha pedazos, mientras que la culebrilla se deslizaba ligeramente por entre la hierba.

-¿Ya lo ve usted, señora vanidosa y despreciativa? -dijo la culebrilla a la garza-. Ahí está usted coja y hecha una compasión, con la pata mal trecha, partida en tres... ¿Qué cosa le ha sucedido, señora mía?...

-Un muchacho malvado, que me ha tirado una horrible pedrada...

-Y bien -dijo la culebrita- esa misma pedrada pasó silbando sobre mi cuerpo y nada me hizo. Ya se ve, como yo estaba muy bajito, casi pegada al suelo... ¿Se convence usted, señora parlanchina, de que no hay que

envanecerse por nada? Dura lección le ha dado la suerte; pero espero que no la olvidará usted, y que otra vez que se encuentre con un animalillo insignificante como yo, sabrá tratarlo con miramiento y consideración, sin volver a burlarse de él.

Las palabras de la culebrilla encierran una profunda verdad. No hay que despreciar a los humildes.

Cuestionario

-¿Qué dijo la garza a la culebrilla? -¿Qué respondió ésta a la garza?

-¿Qué pasó poco después? -¿Volvieron a encontrarse la garza y la culebra?

-¿Qué fue lo que dijeron las dos entonces?

-26-

- 16 -

Cumple con tu deber

Un muchacho iba un día por el campo llevando en la mano un paquete. Tenía que andar cinco millas, y el sol estaba alto y ardoroso. Fatigaba el calor, y ya el niño comenzaba a sentirse cansado. Oía cantar las aves en los árboles y veía pasar las mariposas revolando alegremente. Todo le tentaba a detenerse en el camino. A pesar de ello, iba andando muy de prisa convencido de que cuanto más presto caminara, tanto más temprano llegaría a su destino.

De pronto oyó el ruido de un carro que venía detrás de él. Pocos instantes después, el hombre que guiaba el carro se detuvo, preguntando al niño hacia dónde iba.

-Voy al pueblo, señor -dijo el muchacho.

-Pues bien -respondió el carrero- yo voy a llevarte conmigo; trepa inmediatamente al carro.

El chiquillo se alegró muchísimo, y a poco andar, el hombre, que era un excelente labrador, comenzó a conversar con el muchacho.

-¿Sabes -le dijo- por qué te ofrecí llevarte en mi carro?

-No, señor -respondió el niño.

-Pues bien, hijo mío, te vi venir andando de prisa para cumplir con tu deber, y por eso te di asiento. Pero si te hubiese visto con ese paquete en la mano distraído o jugando, de seguro que no te hubiera invitado a venir conmigo. Me da mucho gusto ayudar a todos los que veo cumplir fielmente con sus obligaciones.

-27-

Pensad en lo que dijo el labrador. En dondequiera que os encontréis, y sea

la que fuere vuestra ocupación, guardaos bien de desatender el trabajo que habéis emprendido.

Cuando os entren deseos de abandonarlo, tened presente el antiguo refrán, que dice: «El que persevera, logra».

Si trabajáis de buena voluntad, recibiréis mayor provecho y ganaréis la favorable opinión de los demás.

Cuestionario

-¿Cuántas millas tenía que andar el niño? -¿Qué llevaba en la mano? -¿No se detuvo el muchacho en el camino? -¿Qué dijo al niño el carrero que encontró? -¿Subió el chiquillo al carro? -¿Cómo dice el antiguo refrán?

- 17 -

La vaca

Tengo una vaca buena,
pintada de rojo y blanco,
vaca que vale un tesoro
por lo noble y por lo manso.

Me da en su sabrosa leche 5
alimento puro y sano,
que con manzanas maduras,
forma un manjar delicado.

Me da regocijo verla,
cuando pace por los prados, 10
bañada en luz, recibiendo
caricias del viento vago;

-28-

cuando sosegada bebe
en un arroyuelo claro
y come en su margen flores 15
y se mira en sus remansos.

¡Vaca, generosa vaca!
Ven, ya es hora de descanso.
Ven, que vales un tesoro
por lo noble y por lo manso. 20

- 18 -

La chiquilla habladora

Julia es una parlanchina. Durante la clase, en vez de escuchar las lecciones de su maestra y de mirar lo que ella escribe en el pizarrón, Julia se ocupa en cuchichear con sus compañeras.

Ayer estuvo peor que otras veces, pues no cesó de hablar ni un solo momento.

Pero cuando más entretenida estaba en sus pláticas, la maestra le habló de pronto, y sostuvo con ella esta conversación.

-Julia, ¿cuántos oídos tienes?

-Dos, señorita.

-¿Y cuántos ojos?

-Dos.

-¿Y cuántas lenguas?

-Una solamente.

-¿Por qué no tienes más que una lengua, siendo así que tienes dos oídos y dos ojos?

-No lo sé, no lo comprendo, señorita.

-29-

-Piensa, reflexiona... ¿Para qué sirven los ojos?

-Sirven para ver.

-¿Y los oídos?

-Para oír, señorita.

-¿Y la lengua?

-Para hablar.

-Pues bien, si tienes dos ojos y dos oídos por una sola lengua, significa que es necesario hacer uso dos veces más de los ojos para ver, y dos veces más de los oídos para oír, que de la lengua para hablar. ¿Comprendes? Hay que oír más, hay que ver más y hay que hablar menos. Espero que habrás entendido la lección.

Julia bajó la cabeza, roja de vergüenza, porque comprendió que hacía más uso de la lengua que de los oídos y de los ojos.

Si la lengua se gastara de hablar, a Julia; no le habría quedado ya sino un pedacillo... La niña hizo esta reflexión, y después de bajar la cabeza,

juró corregirse de aquel grave mal, cosa que logró muy pronto.
Moderad vuestra lengua y aprended a callar.

Cuestionario

-¿Cuántos ojos tenemos? -¿Y cuántos oídos? -¿Y cuántas lenguas? -¿Qué significa que solamente una lengua tengamos? -¿Debemos moderar nuestra lengua? -¿Julia se corrigió de su charlatanería? -¿Le dio la maestra una buena lección?

-30-

- 19 -

El emperador y la camisa

- I -

El emperador de Rusia se sintió una vez muy enfermo.

-Daré la mitad de mi reino a quien me cure dijo.

Los sabios se reunieron para examinar al emperador y observaron su enfermedad.

Esta no era una enfermedad común y corriente. No había dolores en ninguna parte del cuerpo, pero el emperador estaba abrumado por una tristeza invencible, y se llamaba el más desgraciado de los hombres.

Un nuevo médico, que había venido de un país muy lejano, indicó este remedio:

-Que se busque en el campo a un hombre feliz y que se traiga al emperador la camisa de ese hombre. Tan pronto como el emperador se la ponga, quedará curado.

- II -

El emperador quiso seguir al pie de la letra aquel consejo; sus enviados recorrieron toda la Rusia (y hay que tener en cuenta que la Rusia es el país más grande del mundo), pero no encontraron por ninguna parte un hombre feliz.

El uno era rico, pero estaba enfermo; el otro guardaba buena salud, pero estaba pobre; el de más allá, sano y rico, se quejaba de su esposa: el otro, sano y rico y con una mujer muy buena, tenía un -31- hijo que le amargaba la vida. Todos deseaban algo que les hacía falta para ser dichosos.

Por fin, una tarde, pasando los enviados del emperador por delante de una humilde choza, oyeron estas palabras:

-Nada me falta; mi mujer es un ángel, mis hijos son la alegría de mi casa; he trabajado bien, he comido bien, he dormido bien: ¡soy dichoso!

-He aquí a nuestro hombre, exclamaron los enviados.

Y acercándose a él, le dijeron:

-Dadnos vuestra camisa, y pedid por ella cuanto queráis.

Pero el hombre respondió sencillamente:

-No llevo camisa.

Este hombre dichoso, el único que había en todo el imperio, era tan pobre, que no tenía camisa.

Esto significa que no es a veces el dinero el que da la felicidad. Nunca seáis ambiciosos.

- 20 -

Estudio

¿Cuántas clases de alumbrado existen?

¿Cuál es el mejor alumbrado?

Una vela ¿alumbraba tanto como una lámpara?

¿Sabéis cuáles son los animales domésticos? Citad algunos de esos animales.

¿De qué se hacen las llaves de las puertas?

¿Quién las hace?

-32-

¿Quién hace las mesas y las sillas?

Los escritores ¿qué hacen?

Decid cuál es la flor más modesta.

¿Hay violetas durante el invierno?

¿Qué flor preferís?

¿Dónde viven las abejas?

Cuando llega el invierno, ¿qué hacen las golondrinas?

- 21 -

La oración del niño

Dios, haz de mi vida
luz brillante y leve,
que a todos alumbre
y a ninguno quemé.

Dios, haz de mi vida 5
flor grata a las gentes,
y que de mi casa
perfume el ambiente.

Dios, haz de mi vida
cantarcillo alegre 10
que al enfermo anime
y al triste consuele.

Dios, haz de mi vida
cuerpo que sustente
al niño sin padres 15
y al anciano débil.

Bethan Edwards.

-33-

- 22 -
El tulipán

Edmundo tenía en su ventana una maceta, y en esta maceta había sembrado una cebolla de tulipán. Todas las mañanas se acercaba al tiesto para ver si la planta había ya asomado a flor de tierra; pero con gran tristeza veía que la planta no asomaba. Un día se incomodó.

Arrancó la cebolla, la tiró al suelo, y a puntapiés la echó rodando a la calle.

Pasaba en aquel momento un chiquillo que se llamaba Paco. Vio la cebolla rodar por el suelo y esperó a que Edmundo se metiera de la ventana. Cuando éste ya no estaba en ella, Paco recogió la cebolla, se la llevó a su casa (que estaba enfrente de la de Edmundo), buscó una maceta de tamaño regular, la arregló muy bien con tierra de hoja, sembró en ella la cebolla maltratada, y colocó la maceta en el balcón.

Diariamente, con un empeño muy cariñoso, Paco regaba el tiesto.

Una mañana, el niño dio un grito de alegría: en la maceta aparecían las puntas de dos pequeñas hojillas...

Era la cebolla, que comenzaba a nacer.

Pasados unos días, aquellas hojas habían crecido ya, otras salían de la tierra con mucha fuerza.

Y al cabo de otros días más, de entre las hojas verdes se alzó un botón, que fue creciendo lentamente.

Paco, encantado, no dejaba de regar y cuidar su maceta y su planta.

Y al fin, en un hermoso día de sol, el capullo abandonó su escondite, se irguió sobre el tallo y se convirtió -34- en una ancha flor que tenía el color de la púrpura.

Y Edmundo, desde su ventana, contempló con envidia la hermosa flor que parecía burlarse de él y decirle:

-Otra vez, ten paciencia. Se necesita tiempo para que la flor brillante brote de su humilde raíz.

La paciencia y la constancia son dos bellas cualidades que, pueden proporcionarnos muchas dichas.

Cuestionario

-¿Qué hizo Edmundo con la cebolla? -¿Por qué se desesperó el niño? -¿Quién pasaba por la calle cuando Edmundo tiró la cebolla? -¿Qué hizo Paco? -¿Cómo se llamaba la flor que nació en la maceta? -¿Desde dónde vio esa flor Edmundo? -¿Qué parecía decir la flor al niño impaciente? -¿Cómo debemos ser?

LA NIÑA

Buenos días rosal,
y respóndeme formal:
para ser yo tan hermosa
como la encendida rosa,
¿qué he de hacer? 5

EL ROSAL

Para que llegues a ser
tan bella, niña querida,
como una rosa encendida,
sólo una cosa has de hacer
crecer, crecer, crecer. 10

Mary Mapes Dodge.

-35-

- 24 -

Mi encina

Mi encina está hoy bellísima. Amaneció vestida de amarillo.
Sus hojas han tomado el color del oro.
Y el viento viene después para llevárselas. ¿Adónde irán las doradas
hojas? Algunas caen al jardín, sobre la hierba.
Son como mantas amarillas que la buena encina echa sobre las flores,
porque éstas tiemblan de frío. Es porque la estación del otoño llega.
Violetas queridas, abrigaos bien bajo esa manta. ¡Adiós, hojillas, adiós!

Y tú, buena encina, que por abrigar a las flores te vas quedando sin hojas, ¿qué vas a hacer después con tu tronco desnudo y con tus ramas secas?

La encina calla, y nada me responde.

Pero un pajarillo que en su rama se posa, me dice así:

-La encina es buena, la encina es como una madre que se desabriga para arropar a sus hijos... No te aflijas por ella; sufre con el viento, pero su dolor es placer, porque hace un servicio a las flores y a las hierbecillas que están abajo.

Al oír esto, la encina se me figura más hermosa y más grande.

Y una fuerte racha del viento que pasa, le arranca sus últimas hojas...

Ahora parece levantar sus brazos hacia el cielo; y en esa postura quedará hasta que llegue la primavera -36- y la vista nuevamente de hojas color de esmeralda.

Reza, encina, reza; levanta los brazos y pide que pronto vuelva la bella estación.

Aprended de la encina su hermosa caridad, y dad ropa a los pobres para que se abriguen al llegar el invierno.

Cuestionario

-¿Por qué soltaba la encina sus hojas? -¿Qué dijo el pajarillo que estaba posado sobre el tronco de este árbol? -¿A quién se parece la encina? -Una madre ¿es capaz de quitarse el abrigo para arropar a sus hijos? -¿Qué debemos dar a los pobres cuando se acerque el invierno?

- 25 -

Adivinanza

Yo bajo de las nubes.

Lavo los árboles y los campos.

Doy de beber a las flores.

Hago correr a los niños y a las personas grandes.

Alegro a las ranas.

Produzco ruido en los paraguas.

Aumento el cantar de los arroyos.

Dejo gotas en los vidrios de las ventanas.

Pongo perlas brillantes en las flores.

¿Quién soy?

-37-

- 26 -

La liebre y la tortuga

La liebre es un animal muy ligero.

Puede correr casi tan aprisa como el viento. La tortuga camina muy despacio.

-¡Qué torpe eres! -dijo la liebre a la tortuga-; ¿por qué no corres como yo?

-Probemos -dijo la tortuga- y veremos quién llega más pronto al nogal.

La liebre miró con desdén a la tortuga y dijo: -Vete andando, tortuguita: yo dormiré un buen rato y aun así, llegaré antes que tú al nogal.

Y se acostó a dormir.

La tortuga, arrastrándose sin parar, llegó al árbol.

Y cuando la liebre despertó, corrió ligera hacia el nogal, pero ya estaba allí la tortuga.

Torpe y pesada, ganó la apuesta por constante.

Con la constancia venceremos los trabajos más difíciles. Aprended a ser constantes.

Cuestionario

-¿Quién ganó la apuesta? -¿Qué hizo la tortuga mientras la liebre dormía?

-¿Qué hizo la liebre mientras la tortuga caminaba hacia el nogal? -¿Qué cosa debemos aprender?

-38-

- 27 -

La fuente mansa

(Versos para recitar de memoria)

Mira esa fuente plácida, Florencio,
que fluye sin rumor, y baña el prado.
Con su ejemplo, enseñado,
haz al prójimo bien, y hazlo en silencio.

Explicación

La fuente sin ruido, esto es, sin ostentación, sin vanidad, hace al prado el beneficio de regarlo con sus aguas. Y el autor de estos versos quiere decir con ellos que hagamos lo que hace la fuente: dar limosnas y hacer beneficios sin referir a nadie esas buenas acciones, sin ostentación, con gran humildad y en silencio. Tan sólo de este modo no pierden su mérito las bellas acciones.

- 28 -

La camelia y la violeta

Las mariposas celebran hoy un baile. Todas han venido a la fiesta. Los músicos preparan sus instrumentos en la copa de un hermoso tilo: son rruiseñores, cardenales, mirlos, gorriones.
Al frente se extiende un hermoso jardín sembrado de camelias y violetas, sobre las cuales están posadas las mariposas.
¡Mirad qué hermoso es todo esto!
Los colores vivos de las flores y los tintes bellos de las mariposas se mezclan en confusión lindísima.
Al fin comienza el baile.
Las mariposas blancas bailan con las azules, las amarillas con las verdes, las negras con las rojas.

-39-

Aquello parece un carnaval.
Terminada la pieza, todas las mariposas vuelven hacia las flores para tomar descanso.
Una mariposa azul, acomodándose sobre una camelia, dice a la vanidosa flor:
-¡Qué contenta estoy aquí contigo!... Sobre tu tallo tan alto, puedo ver con desdén a todas las florecillas que están junto a la tierra.
-Tienes razón -responde la camelia orgullosa-. Mira esa violetilla insignificante que casi se pierde bajo las hojas.
-¡No vale nada! -dice la mariposa desdeñosamente.

De pronto, un fuerte viento sopla: las nubes se extienden por el cielo, y la lluvia comienza a caer a torrentes.

La fiesta queda suspendida, y las mariposas huyen.

El huracán ruga como león desatado; jardines y valles se envuelven entre los velos de la lluvia, y al llegar la noche todo queda escondido en la sombra. El misterio lo envuelve todo.

A la mañana siguiente, la mariposa viene a buscar a la camelia; pero con triste asombro la encuentra caída en el suelo, bien muerta el huracán ha matado a la vanidosa.

Al estar contemplándola, oye una dulce voz que le dice:

-¡Pobre camelia! Desde aquí la estoy acompañando...

-40-

Es la violeta humilde, a quien su modestia ha librado de morir, porque, oculta bajo las hojas, ha resistido la tormenta.

Es la violeta buena, modesta y piadosa, que, sin odios ni orgullos, sólo abre la boca para decir amables palabras.

Seamos modestos, para que podamos salvarnos de los peligros.

Cuestionario

¿Qué fiesta daban las mariposas? -¿Qué flor representa en este cuento la modestia? -¿Y cuál representa el orgullo? -¿Qué castigo recibió la camelia? -¿Debido a qué pudo la violeta escapar del peligro de la muerte? -¿Cómo debemos ser?

- 29 -

Gravemente enfermo

Os voy a contar una historia ocurrida a un chiquillo, al cual sólo denominaré con el nombre de X..., pues no quiero que os riáis de ese niño, y como la historia es tan risible... Escuchad: La madre de X...

diariamente se acercaba a la cama de su hijo para despertarlo, con objeto de que pudiese estar listo a tiempo para asistir a la escuela; pero el niño siempre encontraba un pretexto para no salir del lecho. Un día tenía un cólico muy fuerte; otro, le dolía horriblemente la cabeza; otro, sentía palpitaciones de corazón...

Pero la madre de X... advirtió al fin que el mal único de que padecía su hijo, era el de la pereza.

Y al contar el caso a uno de sus parientes, que Viera doctor, éste le dijo:

-Tranquilízate, que yo voy a curar a ese niño.

-41-

El doctor vino, pues, a ver al enfermo; lo examinó detenidamente; le hizo enseñar la lengua, y, después de un minucioso reconocimiento, declaró que el niño tenía una intensa fiebre.

-Para curar el mal -dijo- es preciso darle una purga de aceite; unas cucharadas que, aunque saben muy amargo, son indispensables; unas píldoras de acíbar (también muy amargas), y, sobre todo, hay que ponerlo a una dieta rigurosísima por espacio de tres días: solamente leche y pan.

El régimen se llevó al pie de la letra.

Cada vez que el niño X... decía: «Quiero un dulce», su mamá respondía precipitadamente: «¡Imposible! ¡Estás enfermo! ¡El médico lo ha prohibido!».

Al tercer día de dieta hubo una gran fiesta en la casa, y una espléndida comida se sirvió a los amigos. El niño X... sólo tuvo permiso para rondar alrededor de la mesa; y cada vez que pedía algo, se le respondía: «No puedes tomarlo: estás enfermo».

Concluido el espléndido banquete, el niño no pudo más, llevó a su mamá a la recámara, confesó su fala, pidió el perdón de ella, y rogó que siquiera unos caramelos le fuese permitido probar.

La madre, al ver ese arrepentimiento, lo perdonó al instante, y llevándolo a la mesa, mandó que se le sirviera una buena ración de frutas y postres.

Y X..., alegre y sonriente, juró para sí, mientras saboreaba tan suculentos manjares, que no volvería -42- a dar cabida a la pereza, pues caro le había costado amadrigarla.

Tened presente esta historia, y procurad amar el trabajo.

Cuestionario

¿Qué cosa es dieta? -¿Por qué el médico puso a dieta al niño X...? -¿Qué medicinas le dieron? -¿Recibió el perezoso un buen castigo?

- 30 -

Dinero

Fabulilla

Gastó su hacienda un rico
en dar limosna,
y Dios, en recompensa,
le dio la gloria.

Con el dinero, 5
de este modo se puede
ganar el cielo.

-43-

- 31 -
Patitas blancas

- I -

-Hija mía -dijo la oveja madre a su pequeña voy a salir, no me tardo; pero mientras estoy fuera de casa, ten cuidado de no abrir la puerta, sino a los amigos. Recuerda que el lobo cruel ronda por los contornos; pudiera venir... cuídate mucho. Ya sabes que la palabra convenida para abrir a los conocidos es ésta: «Miel de obispo». Cada vez que toquen a la puerta, pregunta quién es, y si no responden «Miel de obispo», no abras.
-Está bien, mamá, dijo la ovejita obediente. Y la madre salió, cerrando con llave la puerta.

- II -

El lobo malo y cruel, que espiaba desde la esquina, tan pronto como la oveja madre se alejó, vino corriendo hacia la casa.
-Tan, tan, tan...
Sus patas habían dado esos golpes sobre la puerta, y la ovejilla prudente preguntó desde adentro.
-¿Quién es?
El lobo, endulzando la voz, dijo con acento suave:
-«Miel de obispo».

Pero la ovejilla, que, como ya se dijo antes, era muy prudente, le respondió:

-Mete por el portillo una de tus patitas, y si son blancas, como las de las ovejas nuestras hermanas, te abriré.

-44-

El lobo, que ya se relamía los labios pensando en lo sabroso que estaría la carne de la oveja, respondió muy corrido:

-¡Patitas blancas!... Las mías son amarillas... Adiós.

- III -

La oveja, al oír aquello, se persignó con espanto, viendo el peligro que había corrido.

Y cuando su madre volvió y supo el suceso, abrazó a la ovejilla y le dijo:

-La prudencia es una de las más hermosas cualidades; consérvala siempre, hija mía, pues ya ves el inmenso servicio que hoy te ha prestado. A ella debes la vida.

Sed prudentes
y obedientes.

Cuestionario

-¿Cuáles eran las palabras convenidas para abrir a los amigos? -¿Qué dijo la ovejilla al lobo? -Y éste, ¿qué le respondió? -¿De qué color eran las patas del lobo? -¿De qué color las tienen las ovejas? -¿Qué dijo la madre a su hija al saber el terrible suceso?

Segunda parte

¡Castigado!

Luis y María, cogidos de la mano, caminan alegremente por la acera. Luis va contando a María un precioso cuento.

-«Un día -dice Luis continuando la historia- cuando Rosita estaba más triste...».

Luis suspende el relato, porque María su hermana, le ha soltado la mano y se ha inclinado hacia el suelo para recoger una cosa.

-¿Qué es? -pregunta el niño.

-Una cáscara de naranja -responde María, arrojándola hacia la calle-. Son muy peligrosas es tas cáscaras; las gentes pueden resbalar sobre ellas.

Luis continúa la historia.

-46-

-Pues sí, «un día, cuando Rosita, estaba más triste en la ventana, mirando hacia el camino...».

Pero no puede continuar, porque María vuelve a inclinarse.

-¿Qué es ahora? -pregunta Luis.

-Un pedazo de vidrio, filoso y puntiagudo. Figúrate, si un ciego pasa por aquí con los pies desnudos...

María coge el vidrio con mucho cuidado, y lo tira a la calle. Después dice a su hermano:

-Sigue: ya te escucho.

-Pues sí -vuelve a decir a Luis- «aquel día en que Rosita estaba más triste que nunca, mirando el camino polvoso que se perdía a lo lejos...».

-¡Otro vidrio! -grita María. Y se inclina para recogerlo.

Pero esta vez su hermano, con indignación no contenida, le dice:

-¡Si vuelves a agacharte, ya no te cuento nada! María, dulcemente y sin responder, tira el vidrio, y se presta a escuchar de nuevo.

-Pues sí -dice Luis, ya de mal talante- «aquel día en que Rosa estaba mirando por la ventana...».

¡Pum! ¡Patatrás!... ¿Qué pasa?... Es Luis, que ha resbalado sobre una cáscara de plátano que estaba en la acera, y ha caído cuan largo es, sobre el pavimento; pero la postura que guarda es tan ridícula, es tan cómica, que todos han tenido que celebrarla a carcajadas...

-¿Ya lo ves? -le dice María.

-47-

Y un loro parlanchín grita desde una ventana:

-¡Castigado!

Seguid el ejemplo de María, y quitad de la acera las cáscaras.

Cuestionario

-¿Qué hacía María por la calle? -¿Por qué se enojó Luis? -¿Qué fue lo que el loro le gritó? -¿Tenía razón ese lorito? -¿Qué le aconteció a Luis?

-Además de las cáscaras, ¿qué otra cosa encontró María en la acera?

En esa hermosa tienda que se llama «El Gallo Rojo», hay quesos y jamones colgados del techo; en los almacenes hay semillas; y sobre el mostrador se ven grandes pomos de vidrio, dentro de los cuales lucen sus variados colores los confites y los chochos.

Pero las moscas, en apretado enjambre, revuelan por el aire, inquietas, yendo y viniendo por todas partes, haciendo con las alas un rumor constante y monótono.

Los españoles de la tienda, que cuidan mucho sus mercancías, han puesto en ciertos lugares unos papeles muy grandes, llenos de miel, que dicen en letras muy claras: «Papel matamoscas».

Y estos bichos, atraídos por la miel de aquellos -48- papeles, se llegan a ellos con avidez, y después de chupar un momento el almíbar (que está envenenado) caen muertos, como si el rayo los fulminara.

Es una muerte caritativa, porque siendo tan rápida, las moscas no la sienten.

Hace unos días fuí a «El Gallo Rojo» para comprar unas ciruelas. Era ya de noche, y los papeles matamoscas se veían como campos de batalla, cubiertos por los cadáveres de los animalillos muertos.

Alcé mi vista hacia los jamones y vi que no volaba ni una sola mosca.

-¡Pobres insectillos! -pensé; todos han muerto.

Pero después de esto dije, oí una vocecilla aguda que salía de uno de los pomos de cristal... Me acerqué, y vi una mosquita muy graciosa, que agitaba las alas dentro del pomo abierto, mientras me decía:

-Ya lo ves... yo me he escapado...

-Pero ¿cómo es eso? -le dije-. ¿Por qué tú no has caído en los papeles?

-¿Por qué? -respondió con orgullo-. Por esto porque soy una mosca ilustrada; porque estuve en el colegio; porque sé leer, y porque bien he mirado que esos papeles tienen unos letreros que dicen: «Papel matamoscas»... Sé, pues, lo que eso significa, y me he guardado de acercarme por allí. Ya lo ves; ese es mi secreto.

-49-

Dijo así la mosquita, y se puso alegremente a zumbar con las alas, dirigiéndose hacia la puerta y desapareciendo por ella.

¿Comprendéis ahora la utilidad de la lectura? Saber leer es una cosa de gran importancia. Procurad estudiar mucho, para que la mosquita del cuento no resulte más ilustrada que vosotros.

-¿A qué se debió que la mosca se librara de la muerte? -¿Qué tenían los papeles matamoscas? -¿Qué hay en los pomos que están sobre el mostrador en la tienda de «El Gallo Rojo»? -¿Es útil saber leer?

- 34 -
Teresa

-Voy a platicar contigo -dijo su mamá a Teresa- y te hablaré de una niña que conocí, la cual era tan desordenada, que jamás sabía dónde colocaba las cosas.

Por la mañana nunca pudo asearse violentamente para estar a tiempo en la escuela, porque no encontraba el peine, porque el jabón no estaba en la jabonera, porque el cepillo no parecía...

Su canasta de costura daba miedo: allí, las agujas, las tijeras, el dedal, todo se enredaba entre marañas de hilo negro, blanco, rojo, verde...

Aquello mareaba.

-50-

En la cómoda de la niña, los zapatos estaban revueltos con los juguetes; la batita de seda, aplastada por la caja del sombrero; el sombrero, entre las medias; la ropa blanca mezclada con la de color...

La papelería de la niña, en el colegio, era de causar disgusto: el tintero, derramado; el lápiz, sin punta; los cuadernos, desperdigados; los libros, mal puestos y sin pasta; los dulces, rodando entre las plumas...

Aquella niña no podía ni jugar a lo que deseaba, porque nunca sabía dónde estaban los juguetes que necesitaba. Si quería escribir una carta, la pluma no parecía, y, además, en el tintero faltaba la tinta; si quería ponerse su traje de seda, no podía tener ese gusto, porque al sacarlo de la cómoda estaba convertido en una pasa arrugada.

Un día que quiso estrenar sus zapatos nuevos, no pudo porque una de las botas se había perdido.

Y en otra ocasión tuvo que ponerse una media blanca y otra crema, porque no había pares completos en ese mar alborotado de su cómoda.

-¿Qué dices de esta niña? -preguntó su mamá a Teresa.

-Digo -contestó ésta- que merecía un fuerte castigo por su desorden.

-¿Qué castigo crees tú justo?

-Ponerla un día entero a pan y agua.

-Pues bien -dijo la señora a su hija-; hoy estarás todo el día a pan y agua, porque tú eres esa niña.

-51-

Y Teresa tuvo que sufrir en silencio el castigo impuesto por ella misma,

comprendiendo que era de justicia aceptarlo.
Cuidad de no merecer la pena aplicada a Teresa. Tened orden, y no seréis castigados.

Cuestionario

-¿Por qué no pudo esa niña estrenar sus zapatos nuevos? -¿Cómo estaba su canasta de costura? -Su cómoda ¿estaba arreglada? -¿Quién era esa niña?
-¿Quién ideó el castigo para ella? -¿Teresa merecía esa pena?

- 35 -

La gallina que ponía huevos de oro

(Fábula de Esopo)

Cierto hombre tenía una gallina que ponía huevos de oro; y creyendo que dentro de ella se encerraba una masa de este metal, mató al animalillo, hallándolo semejante en todo a las demás gallinas.
De modo que, por haber ambicionado una gran riqueza, perdió la pequeña que poseía.
Esta fábula demuestra que debe cada uno estar contento con los bienes que posee, sin entregarse a la codicia.

-52-

- 36 -

Versos

(Para recitar de memoria)

En todas partes, ¡oh niño!
con tus palabras sinceras
y con tus buenas maneras,
procura inspirar cariño.
El hijo obediente y bueno 5
se verá de bienes lleno.

José Rosas.

- 37 -
Pajaritos al aire

-¡Pajaritos! -¡Pajaritos...! -gritaba un chiquillo por la calle de la Rosa, llevando al hombro una jaula con pájaros de todos colores que subían y bajaban alocadamente dando aletazos contra los carrizos. En ese momento, un caballero muy distinguido, que portaba un elegante bastón con puño de oro, se detuvo y preguntó al muchacho:
-¿Cuánto valen tus pajaritos? -Cincuenta centavos cada uno, señor.
-No -dijo el caballero-; yo no deseo saber cuánto vale cada pájaro, sino cuánto valen todos juntos, porque quiero comprártelos todos.
El chiquillo, asombrado, miró de arriba abajo a aquel señor, y después de observarlo unos instantes, -53- volvió su rostro hacia la jaula, contó las pájaros, hizo violentamente la cuenta y respondió:
-Son seis pesos, señor.
-Muy bien -dijo el caballero, abriendo su portamonedas-; toma, aquí está el dinero.
El niño lo recibió en su mano, alegremente, y preguntó en seguida:
-¿Adónde llevo los pájaros?
-A ninguna parte -dijo aquel señor-; vas a ver...
Y sin decir más, buscó la puertecilla de la jaula y la abrió.
Al punto los pajarillos salieron como flechas, y en un momento la jaula quedó vacía.
-Pero ¿qué hacéis, señor? -dijo el niño asombrado-; acabáis de perder todos vuestros pájaros... ¿Qué tenéis?
-Raro te ha de parecer, efectivamente -dijo el caballero-; pero has de saber que yo, por un error fatal del juez, estuve tres años en una prisión, y desde entonces no puedo ver un pajarillo enjaulado...
Tomad ejemplo de ese caballero, y compadeceos de los pajarillos presos entre los barrotes de las jaulas.

Cuestionario

-¿Cuánto pidió ese niño por los pájaros? -¿Cuánto valía un pajarito? -¿Por qué aquel caballero se compadecía de las avecillas enjauladas? -¿Qué hizo el señor después de pagar al niño? -¿Cómo voceaba el chiquillo su mercancía? -¿Debemos compadecer a los pájaros enjaulados?

-54-

- 38 -

La rana

(De Esopo)

Un pequeño renacuajo se acercó a la orilla del charco en que vivía, y quedó asombrado al ver un buey que estaba bebiendo allí.

Nunca había visto un animal tan grande.

Lo observó detenidamente, y después se fue hacia las piedras donde estaba escondida su madre.

-Mamá -le dijo-, he visto un animal muy grande, que no sé cómo describirte; era enorme, inmenso.

-¿De qué tamaño sería? -preguntó la madre al renacuajo.

-Pues no encuentro nada con qué comparártelo -respondió el renacuajillo, buscando con los ojos alguna cosa de tamaño grande.

-¿Sería como yo? -volvió a preguntar la madre.

-No, mamá, ¡mucho más grande que tú!

La rana, medio ofendida por la respuesta del pequeño, comenzó a hincharse.

Y cuando estuvo de doble tamaño al que tenía ordinariamente, preguntó a su hijo:

-¿Así?

-No, no, mucho más, mucho más.

Entonces la rana vanidosa, sintiéndose humillada de no poder tener el tamaño de un buey, se hinchó tanto, y con tal fuerza, que reventó.

He aquí el justo castigo de la vanidad.

Cuestionario

-¿Dónde vivía el renacuajo? -¿Qué vio a la orilla de la charca? -¿Qué fue a decir a su madre? -¿Qué aconteció a la rana? -¿Cuál era el defecto de esa rana? -¿Qué debemos evitar?

-55-

- 39 -

La hormiga y la cigarra

Trabajaba muy afanosa una hormiga acopiando granos para comer durante el invierno, mientras que una cigarra cantaba alegremente, y hasta solía burlarse de los afanes de la hormiga oficiosa.

Llegado el invierno, la cigarra se encontró desprovista de alimento, y acudió a los almacenes de la hormiga.

-Vecina -le dijo- préstame algunos granos para pasar esta escasez que estoy sufriendo, porque si tú no me auxilias, es seguro que moriré de hambre.

-¿Y qué hiciste en el verano, cuando tanto abundaban los granos por todas partes?

-Pasé el tiempo cantando, amiga mía.

-Pues ahora -dijo la hormiga- baila para celebrar tu muerte; porque no es justo que los que trabajamos en el buen tiempo, ahora que los llanos están secos, regalemos nuestra comida a los perezosos, y seamos los trabajadores los que muramos de hambre.

La cigarra suspiró melancólicamente, y salió. Pero la hormiga, que tenía un corazón generoso, llamó a la cigarra, y le dijo, dándole un saquillo con provisiones:

-Toma por hoy, y que te sirva de experiencia -56- para que en el verano venidero cantes y trabajes a la vez, que todo puede hacerse.

No gastéis cuanto dinero recibáis; tened una alcancía y ahorrad algo en ella, para que cuando vuestros padres no puedan daros la moneda del domingo, la encontréis vosotros dentro de la alcancía. Imitad a la hormiga previsor.

Cuestionario

-¿Qué hizo la cigarra durante el verano? -¿Qué hizo la hormiga mientras la cigarra cantaba? -La hormiga ¿se compadeció de la cigarra perezosa?

-¿Tenía buen corazón la hormiga? -¿Qué debemos hacer con nuestro dinero?

- 40 -

El sándalo

El sándalo es un árbol muy alto y muy hermoso. Su tronco es grueso, y cuando el hacha del leñador lo corta, un perfume delicioso sale de él. Escuchad estos bellos versos que compuso el poeta F. I. Sala, recordando ese árbol y su olor exquisito:

-¿Das perfume celestial
al hacha que te asesina,
pobre sándalo?

UN VERSO 'M' O 'F' NO PUEDE LLEVAR INDENTADO

-Sí tal:
cumpló con la ley divina;
le devuelvo bien por mal.

-57-

¿Comprendéis esto, pequeños? El sándalo, en vez de ofenderse por el golpe que recibe del leñador, le regala su delicioso perfume. Esto se llama devolver bien por mal.

Sed como el sándalo. Huid de la venganza, y pagad los males con bienes para que tengáis la conciencia tranquila.

Cuestionario

-¿Qué hace el sándalo cuando el hacha corta su tronco? -¿Debemos huir de la venganza? -Un niño que se venga, ¿podrá tener la conciencia tranquila? -¿Debemos ser como el sándalo?

- 41 -

El vendedor de manzanas

(Versos para recitar de memoria)

¡Manzanas llevo, dulces manzanas!
¡Manzanas llevo para vender!
¡Manzanas dulces de aroma grato,
manzanas dulces como la miel!

Tienen mejillas color de rosa, 5
su pulpa es blanca como el jazmín,
y son tan lindas y son tan buenas,
que el que las pruebe será feliz.

-58-

Hijas del campo, fueron mecidas
por vientos suaves de la estación; 10
tuvieron cuna en la verde rama,
después que el árbol estuvo en flor.

¡Dulces manzanas, ricas manzanas
llevo, señores, para vender!
Sabrosas, lindas, de aroma grato, 15
¡manzanas dulces como la miel!

- 42 -

Los dos osos

- I -

Rizos de Oro se llamaba la niña; y era bella como un rayo de sol.
Tenía los ojos color de cielo, y sus rizos eran como hebras de oro.
Un día Rizos de Oro se fue al monte a coger flores, y en el camino se encontró una casita con la puerta abierta.
Hay que decir que en aquella casa vivían dos osos. Uno de ellos era Oso Grande, y el otro se llamaba Oso Pequeño.
Los dos osos habían salido a paseo.
Rizos de Oro entró en la casa, y como no había nadie, se sentó en la silla de Oso Grande, pero era tan dura, que no pudo permanecer en ella; entonces fue a sentarse en la de Oso Pequeño, pero era tan débil, que se rompió.

-59-

En seguida entró a otra pieza, y vio dos platos de sopa sobre una mesa redonda. Uno de los platos era grande y el otro pequeño.
Probó la sopa, de Oso Grande, y estaba tan fría, que no pudo tomarla.
Probó la de Oso Pequeño, y estaba tan sabrosa, que se la acabó.
Después entró Rizos de Oro al dormitorio. Allí había dos camas: una grande y otra pequeña. Se acostó en la de Oso Grande, pero era muy dura. Se acostó en la de Oso Pequeño, y era tan blanda, que se quedó dormida.

- II -

Poco después volvieron los osos a la casa.
-¿Quién se sentó en mi silla? -gritó con voz áspera Oso Grande.
-¿Quién habrá roto mi silla? -refunfuñó Oso Pequeño.
Después pasaron los osos al comedor.
-¿Quién ha probado mi sopa? -dijo Oso Grande con voz de trueno.
-¿Quién se ha comido la mía? -dijo con voz chillona Oso Pequeño.
Fueron entonces al dormitorio, y exclamó Oso Grande con voz terrible:
-¿Quién se ha acostado en mi cama?
-La mía -dijo Oso Pequeño- está aún caliente del cuerpo que ha estado en ella. Salgamos a ver quién vino aquí.

-60-

Los osos, precipitadamente, se asomaron a la puerta; pero Rizos de Oro, que había despertado con sus voces, terribles, iba ya de huida y corría a lo lejos, dejando flotar sus cabellos como hebras de oro tendidas en el aire...

-¡Lástima que vaya tan lejos ya! -dijeron los osos, porque, si no, la devoraríamos.

Jamás cometáis ninguna imprudencia, si no queréis exponeros a un fatal accidente.

Cuestionario

-¿Cómo se llamaba esta niña imprudente? -¿Cómo se llamaban los osos? -¿Qué cosa hizo Rizos de Oro dentro de la casa? -¿Por qué despertó la niña?
-¿Qué dijeron los osos al verla correr a lo lejos? -¿Debemos imitar la conducta de Rizos de Oro?

- 43 -
El roble

Un viajero que pasaba
por una asolada senda,
sembró al paso una bellota
y continuó su carrera.
Otra vez, siendo ya anciano, 5
volvió a pasar por la senda,
y allí calmó su fatiga
la sombra agradable y fresca
de un alto roble nacido
de la bellota pequeña. 10

Siembra el bien por donde pases, sin pensar para quién sea.

-61-

- 44 -
Dura lección

Federico era un niño malo y desobediente, que jamás quería hacer caso de las indicaciones de su maestro.
Mientras el profesor explicaba la lección, el chico se divertía raspando el pupitre, royéndose las uñas, mirando volar las moscas, cortando el libro con la navaja, picando los cuadernos con alfileres...
¡Vamos, que aquel niño era una calamidad completa!
Un día, mientras el maestro, desde el pizarrón, hacía explicaciones a los alumnos, Federico se divertía con un portaplumas de acero, donde acababa de colocar una pluma muy larga y puntiaguda.

-Niño -le dijo el profesor- deja ese portaplumas, porque no atiendes a lo que estoy explicando y puedes lastimarte con él.

Federico sonrió maliciosamente, con risilla de burla, y fingió que iba a guardar el portaplumas en la papelería. Pero apenas el maestro volvió el rostro hacia el pizarrón para continuar sus explicaciones, Federico sacó nuevamente el portaplumas y comenzó a jugar con él, alisándose las cejas y recorriendo la frente con las puntas de la pluma.

En ese instante un cuadro se desprendió del clavo, cayendo al suelo con violento ruido, y Federico, asustado por el golpe, se estremeció nerviosamente y se hundió la pluma en el ojo.

-62-

Las consecuencias fueron terribles, pues después de varias curaciones dolorosísimas, que no dieron ningún resultado y que obligaron al niño a padecer, hubo que sacarle el ojo.

Ved el castigo duro que, por su desobediencia, tuvo que sufrir Federico. Seamos dóciles con nuestros maestros.

Cuestionario

-¿Qué defecto tenía Federico? -¿Qué estaba haciendo en la clase aquel día?

-¿Qué le dijo el maestro? -¿Cuál fue el resultado de su desobediencia?

-¿De qué modo se hubiera librado de esa desgracia?

- 45 -

Londres

Muy lejos de nosotros, y separado por el mar, hay un país que se llama Inglaterra; y la capital de ese país es Londres.

Londres es una gran ciudad. En sus calles, en sus jardines, en sus plazas, van, vienen y se agitan varios millones de habitantes.

Acaso os cueste mucho trabajo pensar lo que es esa cantidad; pero no os esforcéis por comprenderlo muy bien: pensad solamente que las plazas y las calles están llenas de gentes que caminan en todas direcciones.

Las casas tienen muchos pisos; algunas parece que van a juntarse con el cielo.

El humo de las fábricas invade las calles, y la niebla lo envuelve todo.

En Londres pocas veces sale el Sol durante el invierno.

-63-

Y a veces la niebla es tan espesa y tan negra, que en pleno día hay que encender la luz eléctrica, como por la noche, y los policías recorren las

calles con antorchas en la mano.

El aspecto de Londres es triste, pero es al mismo tiempo interesante.

Cuando llega la Primavera, el Sol disipa las densas neblinas y lanza sus rayos a través del humo de las fábricas.

Entonces todo cambia de aspecto; los campos, desnudos y ennegrecidos durante el invierno, reverdecen, y Londres misma se alegra abandonándose a la dulzura de los rayos estivales.

- 46 -

El burro y la cigarra

-¡Oh, qué canto más delicioso! -dijo el burro al oír chillar a una cigarra.

Y tanto se entusiasmó, que se decidió a aprender a cantar como ella.

A los primeros solfeos, la maestra le dijo:

-Tu garganta está echada a perder con esos ásperos bocados que tragas a cada instante, y es preciso, si quieres cantar bien, que cambies de alimentación.

-¿Qué comes tú? -le preguntó el burro.

-¿Yo? Me alimento con el rocío de las hierbas y de las flores -contestó la cigarra.

Desde entonces el burro se puso a dieta de rocío, y se murió sin haber cambiado de voz.

-64-

No comprendió el muy necio que no había nacido para cantar.

No pretendamos alcanzar más de lo que podemos, llevados por la vanidad. No todos nacen para lo mismo; hay sabios muy notables, pero también hay artesanos que saben hacer maravillas con la madera y con el hierro. Cada uno en su esfera puede lucir y valer alguna cosa. No sólo el que canta es algo.

Cuestionario

-¿Con qué se alimentaba la cigarra? -¿Qué pretendía el burro? -¿Qué dijo la cigarra al jumento? -¿En qué paró la dieta del burro?

- 47 -

Manos ásperas

Las manos venerad, recias y oscuras,
de las gentes que habitan en los campos.
Ellas conducen al hogar las vacas
al través de las salves y los pastos.

Ellas colectan la dorada espiga 5
que el pan produce nutritivo y blanco,
y el fruto de la vid que nos da el vino,
y el café de perfume delicado.

El aire libre fortalece el cuerpo;
y a la campiña es donde va el Estado 10
a reclutar guerreros valerosos
que sirvan, a la Patria, de soldados.

-65-

Las manos venerad, recias y oscuras,
de las gentes que habitan en los campos.
Ellas son puras, venerables, nobles 15
aunque ásperas estén por el arado.

- 48 -

La lámpara y el sol

Una lámpara que ardía en una ventana, dijo al Sol poniente:

-Amigo Sol; eres ya viejo, y mi luz es más viva y brillante que la tuya.

-¡Puff! -dijo una racha de viento, que en ese instante pasaba.

Y la lámpara se apagó inmediatamente.

Pero su dueña vino a encenderla de nuevo, y entonces el viento dijo a la muy vanidosa lámpara:

-Te dejaré alumbrar en paz; pero no olvides que al Sol no puede apagarlo

nadie y que tampoco necesita que lo enciendan.
Ya se dijo una vez, y ahora se repite nuevamente: huyamos de la vanidad,
porque ella sólo sirve para ponernos en ridículo.

Cuestionario

-¿Qué dijo la lámpara al Sol? -¿Qué respondió el viento a la lámpara?
-¿Qué defecto tenía esa lámpara habladora? -¿Debemos ser vanidosos?

-66-

- 49 -

La gallinita blanca

Un día, la gallinita blanca estaba escarbando en el corral, cuando de pronto vio un grano de maíz muy granelé y hermoso.

-¿Quién quiere sembrar este maíz? -preguntó la gallinita blanca.

-Yo no -dijo el ganso.

-Yo tampoco -dijo el ratón.

-Yo menos -dijo el gato.

-Pues yo sí -dijo la gallinita blanca.

Y sembró con gran cuidado el grano de maíz. Después salieron los brotes, y el maíz comenzó a crecer.

-¿Quién quiere regar este maíz? -preguntó la gallinita blanca.

-Yo no -dijo el ganso.

-Yo tampoco -dijo el ratón.

-Yo menos -dijo el gato.

-Pues yo lo regaré -dijo la gallinita blanca.

Y ella lo regó muy bien regado.

Cuando salieron las mazorcas, la gallinita blanca dijo:

-¿Quién quiere desgranar las mazorcas y moler el maíz?

-Yo no -dijo el ganso.

-Yo tampoco -dijo el ratón.

-Yo menos -dijo el gato.

Y ella sola las desgranó y molió el maíz en el molino.

-67-

-¿Quién hará las tortas con esta harina -preguntó la gallinita blanca.

-Yo no -dijo el ganso.

-Yo tampoco -dijo el ratón.

-Yo menos -dijo el gato.

-Entonces yo las haré -dijo la gallinita blanca.

Y ella hizo las tortas y las coció.

Al sacar del horno las ricas tortas, la gallinita blanca preguntó:

-¿Quién quiere comerse estas tortas tan ricas?

-Yo -dijo el ganso.

-Yo -dijo el ratón.

-Yo -dijo el gato.

Pero la gallinita respondió.

-No, señores: eso, como todo lo demás, lo haré yo sola.

Y diciendo y haciendo, la gallinita blanca se comió todas las tortas.

Cuestionario

-¿Era justa la disposición de la gallina? -¿No os parece que el ganso, el ratón y el gato habían sido unos egoístas? -¿Qué debieron haber hecho esos animalillos? -¿Debemos evitar el egoísmo?

-68-

- 50 -

Flores y lluvia

Es bueno, florecitas,
que llueva un rato.
El Sol, después del agua,
será más grato.
No temáis de las nubes 5
el pardo velo,
porque está detrás de ellas
azul el cielo.

- 51 -

Los chiquillos y las ranas

Jugaban varios muchachos a la orilla de una laguna en la que echaban barcos de papel.

Lino de los chiquillos vio una rana y tiró una piedra sobre ella. Todos los demás comenzaron a hacer lo mismo, y al poco tiempo caían las piedras como lluvia sobre toda la extensión del agua.

Entonces una rana grande, asomándose a la orilla opuesta, dijo a los muchachos:

-No tiren, por Dios, más piedras, pues lo que para ustedes es una diversión, es muerte para nosotras.

-69-

Los muchachos, comprendiendo cuánta razón había en la súplica de aquella pobre rana, dejaron de arrojar piedras a la laguna.

La diversión no es buena. Si ha de fundarse en la desdicha ajena.

Cuestionario

-¿Que estaban haciendo esos chiquillos? -¿Qué dijo la rana a los muchachos? -¿Tenía razón la rana en pedir lo que pedía?

- 52 -

La florecilla azul

Mi padre era un sabio; amaba todas las ciencias a un tiempo, y aunque yo era muy pequeño, me decía sus nombres y me enseñaba a amarlas también.

«Apresúrate a hacerte hombre, me decía, a fin de que puedas conocerlas todas».

No he olvidado nunca el primer día en que me habló de esa gran ciencia que se llama Historia Natural.

Como llovía y no podíamos salir, mi padre me llevó a la sala de nuestra casa, donde había una colección de animales de todas clases; allí se veían aves de diversos países, y de brillantes colores, y cuadrúpedos que parecían vivos aún, por más que estaban disecados. Dios sabe cuántas preguntas hice a mi padre acerca de aquellos animales: él me respondió con la mayor paciencia, contándome la historia de ellos, y yo le escuché sin cansarme. Cuando hubo terminado, me dijo:

-70-

-¿Sabes el nombre de la ciencia acerca de la cual acabas de interrogarme? Se llama la Historia Natural. Se divide en tres partes: la primera trata

de los animales, la segunda de los vegetales y la tercera de los minerales.

-¡Oh! -exclamé yo-; el estudio de los animales debe de ser muy entretenido; esa ciencia me gusta mucho; pero las otras que tratan de las piedras y de las plantas...

No me atreví a acabar la frase, porque el rostro de mi padre adoptó un aire muy severo.

-Hablas como un niño que eres -me dijo-; todas las ciencias son hermosas, todas nos hacen admirar el Universo y amar la verdad. Ven conmigo.

Diciendo esto, me llevó a una pieza vecina, donde estaba su colección de piedras y su herbario. Este contenía una multitud de hierbas y de flores colocadas con orden en sus papeles.

¡Cuántas veces había yo visto a mi padre ocupado en secar plantas, en ordenarlas y en estudiarlas! Pero nunca había yo llegado a comprender lo que podía interesarle aquel estudio.

-¿Ves? -me dijo-. Aquí hay plantas de nuestro país y de casi todas las regiones del mundo. Sé de dónde viene cada uno de esos tallos secos: me habla del país que habita y me refiere los viajes de sus semillas arrastradas por el viento. No siempre son las más grandes y más bellas las que más cosas tienen que contarme.

-71-

- 53 -

La florecilla azul

(Concluye)

-Mira -dijo mi padre, colocándome sobre sus rodillas y desdoblando una hoja de papel amarillento, entre cuyos dobleces vi una florecilla azul: es de mi país natal; paréceme que, al contemplar su corola seca, vuelvo a ver los años de mi juventud.

Cuando la cogí, tenía yo apenas quince primaveras; era una planta rara, y había yo recorrido largo tiempo la montaña en su busca. Al divisarla entre la hierba, me arrodillé para cortarla: en su cáliz temblaba una gota de rocío. ¡Cuán linda estaba así la florecilla azul de las montañas!

Radiante de júbilo por poseerla, al fin alcé los ojos para mirar en torno mío; el aire estaba tan puro, que se veía hasta el último confín del horizonte: el cielo estaba azul como la florecilla brillaba el Sol: la naturaleza entera, desde la hierbecilla de los campos hasta el Sol radiante, era de tal modo grandiosa, de tal modo bella, que me sentí conmovido de admiración y dispuesto a llorar. Como por propio impulso, mi pensamiento iba más allá de la tierra, subía hacia el cielo; así se alzan en la primavera las corolas de las flores. ¡Oh! hijo mío, esta planta seca que aquí ves hoy pálida y sin vida, me habla aún de Dios cuando la miro. Al decir esto, mi padre tenía los ojos húmedos. Había vuelto a tomar en sus manos la flor azul, y como su vista había disminuido mucho, se la

acercaba a los ojos. No sé si cayó alguna lágrima sobre la flor, pero me pareció que ésta adquiriría nuevo brillo; me representé entonces con el pensamiento -72- a mi padre joven aún, arrodillado en la hierba y con la misma flor en la mano.

En aquel momento había cesado la lluvia, y, al igual del tiempo de que me acababa de hablar, brillaba el Sol en el cielo y el campo aparecía verde y alegre.

Sentí mi corazón tan conmovido como el de mi padre, y ambos, silenciosos, pensábamos en la bondad infinita que se revela lo mismo en la florecilla de los campos que en la inmensidad del cielo luminoso.

-No hay nada pequeño en la Naturaleza, dijo mi padre; y toda ciencia, agregó, es grande y bella.

Amemos las ciencias, porque todas encierran hermosura y verdad.

- 54 -

Estudio

¿Cómo se llama lo que alumbrá de día a la Tierra? ¿Cómo se llama lo que ilumina la noche?

¿Las estrellas sólo se ven de noche? ¿Todas las noches hay estrellas?

Los árboles ¿están lo mismo en la primavera que en el invierno?

¿Qué estación os gusta más, el invierno o la primavera?

¿Por qué os gusta más; una estación que la otra? ¿Sabéis cómo se llama la ciencia que trata de los números?

¿Cómo se llaman las casas donde se venden los libros?

¿Quiénes tocan los organillos por las calles, hombres o mujeres?

-73-

- 55 -

Arañita ocupada

La pequeña Laura tenía que acompañar a su mamá para visitar a unas amigas, pero habiéndose desgarrado el traje que tenía puesto aquel día, fue necesario transferir la visita, porque Laura, en vez de tomar la aguja y reparar el daño, se entretuvo en llorar y en lamentarse de su mala suerte.

La madre, después de oír las inútiles lamentaciones de la niña, la tomó de la mano y fue hacia un rinconcillo del cuarto, donde se guardaban los

trastos viejos, para mostrarle una arañita que en aquellos momentos estaba afanosamente ocupada en tender su tela, en el mismo lugar donde la escoba de la criada había barrido otra que ella había acabado ese mismo día.

-Aquella tela -dijo la madre- que la pobre araña había tejido a costa de trabajo y tiempo, fue destruida esta mañana, y el pobre animalillo, autor de ella, a duras penas pudo librarse de la escoba de María; sin embargo, hija mía, observa cómo sin perder tiempo en inútiles lamentaciones y sin dar quejas al aire, nuestro animalito se ha puesto de nuevo a la obra, y con su perseverancia e industria tiene ya casi concluida una habitación tan perfecta como la anterior. ¿Por qué no sigues su ejemplo, y en vez de quejarte de los males, no te pones a remediarlos, ya que no los has evitado de antemano?

Comprendió la niña la justicia de estas observaciones, y pudo medir cuánto mejor hubiera sido que en vez de lanzar suspiros y dirigir recriminaciones

-74- a la fortuna, se hubiese puesto a zurcir su traje, con lo cual habría podido ir a la visita, donde mucho se hubiera divertido.

Tomad ejemplo de la arañita tejedora, y no gastéis el momento que puede ser de trabajo útil, en inútiles lamentaciones.

Cuestionario

-¿Por qué no pudo Laura acompañar a su madre a la visita? -¿Qué hizo la niña en vez de coser el desgarró de su traje? -¿Comprendió Laura la lección que quiso darle su madre? -¿Debemos imitar a la arañita?

-75-

- 56 -

La primavera

Bendita, Señor, tu diestra,
que hizo la tierra y el cielo.
Cuanto se ostenta en el suelo,
tu amor y piedad nos muestra.

Con la lluvia y el rocío
crecen la flor y la fuente,
baja del monte el torrente,
surca los campos el río;
nace la hierba en el prado,

y entre la hierba, las flores 10
con sus vistosos colores
y su aroma delicado.

Y el ave, el insecto, el bruto,
campos, arroyos y flores,
Todos cantan tus loores 15
y te dan; Señor, tributo.

M. de la Rosa.

-76-

- 57 -

El tío Jacobo

Cerca de la casa de Alfonso habitaba un anciano, a quien todo el vecindario conocía con el nombre de «el tío Jacobo». Era éste un antiguo soldado, que servía como bombero del municipio, y vivía sólo en su casa. Tenía mucho cariño a Alfonso, y todos los días, sentado junto a su puerta, tomaba al niño sobre sus rodillas y le refería interesantes y maravillosas historias de batallas, que divertían grandemente al niño y le obligaban a abrir la boca y los ojos en medio de un asombro sin igual.

Pero llegó un día en que el viejo soldado no salió a su puerta.

Alfonso miró por la ventana de la casita, y descubrió a su viejo amigo solo completamente, en el rincón de su hogar, con la cara muy triste y la cabeza apoyada sobre una de sus manos.

El soldado tenía una antigua herida que se le había abierto de nuevo y ésta era la causa de su en cierto forzosos y de su tristeza.

Al ver al pobre viejo sentado en aquel rincón, Alfonso tuvo un buen pensamiento.

-Tío Jacobo -le dijo- usted me ha divertido muchas veces contándome bellas historias; ¿quiere usted que, a mi vez, yo procure distraerlo un poco?

-¡Cómo no! -respondió el soldado alzando la cabeza y mirando al niño con ojos enternecidos y llenos de agradecimiento.

-Pues bien -dijo Alfonso-; vuelvo al instante. Y a poco, el niño, que entró violentamente en su -77- casa, volvió a la del viejo soldado, trayendo en la mano un libro de historia.

-Voy a leer a usted cosas que le van a interesar -dijo Alfonso al tío Jacobo.

Y en efecto, con voz muy clara, el niño leyó al viejo cosas muy bellas de guerras heroicas y de valientes campañas, que hicieron sonreír al soldado y que pusieron en su rostro el brillo de la gloria y de la alegría.

Distraído por el relato, el tío Jacobo había podido olvidar los dolores de su herida; y cuando Alfonso se levantó para marcharse, el viejo, poniendo en su frente un largo beso de ternura, le dijo:

-Nunca olvidaré tu noble acción, y por ella mereces la «Cruz de Mérito Militar», pues has salvado a un viejo soldado de morir de fastidio y pena.

Si vuestro amigo está triste, no os regocijéis vosotros, sino hasta que le hayáis devuelto la alegría.

Cuestionario

¿Por qué estaba triste el tío Jacobo? -¿Supo Alfonso aliviar la pena del buen viejo? -¿Qué hizo para devolverle la alegría? -¿Divirtió la lectura al tío Jacobo? -¿Qué dijo el viejo soldado al niño cuando éste concluyó de leer?

-78-

- 58 -

Compañera inseparable

Un día el maestro: dijo a sus discípulos:

-Tengo a mi lado una pequeña compañera que no se aparta nunca de mí. Si doy un paso, lo da ella conmigo; si me detengo, se detiene. Ustedes tienen también su pequeña compañera, que les sigue a todas partes. El gatito tiene igualmente la suya, y, durante una hora, lo he visto entretenerse corriendo detrás de ella. Adivinen ustedes su nombre.

A los niños les costaba gran trabajo adivinar; pero Rafael, que era muy inteligente y aplicado, acabó por decir:

-¿Será tal vez, nuestra sombra?

-Precisamente -respondió el maestro-. Esta compañera no hace ruido ni es molesta; pero si la miramos atentamente, puede enseñarnos alguna cosa; por ejemplo esto: cuando es la hora del mediodía, si se la mira, observaremos que permanece vuelta hacia el Norte. Corran ustedes tras ella, como lo hacía el gatito, y la sombra los llevará directa mente al Norte. Entonces el mediodía estará detrás de ustedes en el punto que se encuentra el Sol: el Este se hallará a la derecha, y el Oeste a la izquierda. Ven ustedes, pues, que la sombra de nuestro cuerpo puede sernos útil, indicándonos los plintos cardinales.

¿Han visto ustedes un cuadrante solar en una pared? La sombra de la aguja es la que indica la hora como con el dedo. La sombra da vueltas alrededor del cuadrante, a medida que el Sol va de Levante -79- a Poniente, y la sombra señala en el cuadrante las horas sucesivas, lo mismo que la aguja movable de un reloj.

Ved que en este mundo nada hay inútil, pues hasta la sombra sabe prestar un servicio.

Procurad que la sombra no sea más que vosotros, es decir, no hagáis vosotros menos servicios que la sombra.

- 59 -

Valentín

Un día que Valentín volvía de la escuela, llovía a cántaros; el niño se detuvo en la fragua de su padre.

El padre de Valentín estaba labrando una ancha barra de hierro, y alzaba, a dos manos, un pesado martillo.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

El martillo caía sobre el hierro, haciendo brotar una lluvia de chispas.

La gran fragua estaba toda iluminada por resplandores rojizos; el rostro del padre parecía igualmente rojo, gracias al fuego de la fragua. De cuando en cuando enjugaba su frente bañada en sudor.

-¡Cómo se fatiga mi padre! -pensó Valentín- Y la lluvia sigue cayendo!...

Al volver a casa vendrá todo mojado y podría enfermarse.

Ante este pensamiento, Valentín partió corriendo hacia su casa. Diez minutos después estaba de regreso, -80- trayendo a su padre una prenda de más abrigo que su blusa.

El padre, conmovido por la atención cariñosa de su hijo, le besó con ternura, mientras que su rostro, ennegrecido por el humo de la fragua, se veía iluminado por una sonrisa.

Todos los obreros de la herrería aplaudieron aquel rasgo generoso del chiquillo, y desearon, los que tenían hijos, que éstos fuesen tan amorosos y tiernos como el pequeño Valentín.

El padre del niño, orgulloso y contento de tener un hijo tan noble, abrazó repetidas veces a Valentín. Y al obscurecer, mientras la lluvia caía a torrentes, padre e hijo, cobijados bajo el mismo paraguas, salieron de la herrería cogidos del brazo, y se encaminaron al hogar, donde al fuego del brasero calentaron sus manos y saborearon después las tortas de maíz y las patatas asadas.

No solamente debemos amar a nuestros padres, sino que es preciso demostrarles nuestro cariño y agradecimiento por medio de obras.

Cuestionario

-¿Dónde trabajaba el padre de Valentín? ¿Qué fue a traer el niño para que se abrigara su padre? -¿A qué horas salieron los dos de la herrería? -¿Qué hicieron junto al brasero al llegar? -¿Cuál fue su alimento una vez en la casa?

-81-

- 60 -

Un león y un ratón

(Fábula de Fedro)

Esta fabulilla aconseja que nadie haga daño a los pequeños, porque pueden estos ser tan útiles como los grandes.

Estaba durmiendo un león en la selva, y los ratoncillos del campo jugaban no lejos de él.

En esto, uno de los ratones se atonta en su carrera y va a dar encima del león. El rey de las selvas, el formidable león, echa su pesada garra sobre el ratoncillo infeliz; pero éste, después de suplicarle que lo perdone, pues ha llegado allí sin darse cuenta y sin idea ninguna de molestar a su señoría, es perdonado por el león, y huye a escape.

Algunos días después, el león, vagando por el campo, cierta noche oscura, cayó en una trampa. Luego que se vio enredado en los lazos, comenzó a rugir con voz terrible.

El ratoncillo, al oír aquellos rugidos, fue adonde estaba el león, y al ver el lazo en que se hallaba, le dijo:

-Nada tienes que temer, querido león; no he olvidado el beneficio que un día me hiciste, y ahora voy a correspondértelo.

Y así diciendo, el ratoncillo comenzó a roer con sus agudos dientes los lazos de la trampa, y cuando ya comenzaba a amanecer, el león pudo salir de aquella red de cuerdas, triunfante y feliz, mientras el ratoncillo, dichoso y contento, lo veía alejarse a pasos graves hacia los bosques.

-82-

- 61 -

«Soy valiente y seré general»

-Yo soy valiente, iré a la guerra y seré general. Así decía a su madre Luisillo, mientras se metía en la cama para recogerse.

Pero un pajarito me contó que, a media noche, despertó Luisillo y creyó ver delante de la ventana a una mujer blanca con la cabeza redonda y brillante.

Luisillo, sobrecogido de inmenso terror, se ocultó bajo la colcha, gritando:

-¡Mamá! ¡Mamá!

Su madre acudió inquieta a ver qué pasaba.

-Mamá -dijo Luisillo con voz ahogada-: hay un aparecido en la habitación, yo lo he visto. Es una mujer blanca, con la cabeza brillante...

La madre de Luisillo, tranquilizada inmediatamente, se echó a reír, y procurando imitar la voz del niño, dijo:

-Yo soy valiente, iré a la guerra y seré general. Vamos, señor general, saque la cabeza y venga conmigo a guerrear contra los aparecidos.

Luisillo se atrevió al fin a mirar.

Y ¡oh, sorpresa! El aparecido, la mujer blanca, no era otra cosa que la gran cortina iluminada por la luna, y la cabeza redonda y brillante era la misma luna, que se veía a través.

-Mamá - dijo Luisillo besando a la señora-, -83- otra vez no diré que soy valiente, pero procuraré serlo.

Evitad la cobardía. Los aparecidos no existen. El que se muere, descansa y no vuelve a este mundo. Los niños deben ser valientes.

Cuestionario

-¿Qué decía Luisillo a su mamá? -¿Qué figura vio el niño a media noche?
-¿Qué cosa era esa figura? -¿Vuelven los muertos? -¿Cómo deben ser los niños? -La cobardía ¿es un defecto? -¿Debemos evitar la cobardía?

- 62 -

Tratemos a los criados como a iguales

Maruquilla estaba sirviendo en una casa de campo.

Se había levantado antes de que naciera el Sol, y desde esa hora estaba trabajando.

Ya al obscurecer, la pobre chiquilla se sintió muy cansada; pero le faltaba todavía barrer el gran patio de la casa, y como Maruquilla era muy cumplida, fue por la escoba y comenzó la tarea de barrerlo.

Como sus brazos estaban ya cansados, nunca le había parecido tan grande aquel corral. Pero era preciso barrerlo todo.

Elena, la niña de la casa, que estaba jugando con su muñeca en ese mismo patio, observó el cansancio de Maruquilla, y, sin decir palabra, fue por otra escoba y comenzó a ayudar a la criadita.

-84-

-¿Qué hace usted, señorita? -dijo Maruca sorprendida, pretendiendo quitar la escoba de las manos de la niña.

-¿Qué hago? -dijo Elena-. Te ayudo; yo barreré todo este lado del patio, tú barrerás el otro, y nos encontraremos en el centro. ¿No te parece que es una buena idea?

-No -le dijo Maruquilla-; no es buena, por que la hija de los amos no ha nacido para barrer corrales.

-Si yo hubiera sido pobre como tú, -dijo Elena- habría estado sirviendo también, y si alguna vez me hubiera yo sentido tan cansada como tú lo estás ahora, habría sido muy feliz con que la hija de los amos me hubiese ayudado. Pues bien, yo te ayudo ahora, y no hay nada más que decir.

Maruquilla, enternecida y llorando, puso sus labios en las mejillas de Elena; y aquel beso, empapado en lágrimas, fue para el corazón de la niña, más hermoso que todos los que hasta entonces había recibido.

Si hoy somos ricos, mañana podemos ser pobres. Procuremos ser siempre buenos y justos.

Cuestionario

-¿Dónde estaba sirviendo Maruquilla? -¿A qué hora se levantaba? -¿Qué hizo Elena cuando vio que la criada estaba ya cansada? -¿Qué hubierais hecho vosotros en el mismo caso? -¿Con qué correspondió Maruca las palabras de Elena?

-85-

- 63 -

La nieve y el hielo

En algunos países, durante el invierno, cuando hace mucho frío, se ve caer del cielo una especie de lluvia blanca, parecida al delicado plumón de las aves: es la nieve.

Al tocarla se siente muy fría, se deshace entre los dedos, y se vuelve agua, porque, en efecto, no es más que agua congelada por el frío, que llega al suelo en copos blancos.

A los niños les gusta mucho ver la nieve, que es lindísima en los árboles y sobre las casas.

Pero no les gusta a los pajarillos, porque cuando la nieve cubre la tierra, les es muy difícil encontrar granos o insectillos para alimentarse.

Cuando hace frío, sucede también que el agua se convierte en una masa sólida y cristalina: ese es el hielo.

En las montañas elevadas hay masas enormes de nieve que nunca se derriten completamente, pero de las cuales corre el agua sin cesar. Esta agua forma arroyuelos que van engrosando poco a poco hasta formar ríos muy grandes.

La nieve es hermosa, porque es blanca.

Cuando quiere uno decir que algo tiene una blancura sin igual, se dice: «Es tan blanco esto como la nieve».

La blancura de la nieve es la imagen de la pureza. Procurad que vuestra alma sea tan blanca como la nieve.

Cuestionario

-¿Qué es la nieve? -¿Qué pasa cuando se la toca? -¿Por qué se vuelve agua?
-¿Qué es el hielo? -¿Qué hay en las montañas elevadas? -¿Debemos procurar que nuestra alma sea tan blanca como la nieve?

-86-

- 64 -

Pastillas de chocolate

Julio tenía la mala costumbre de tomar para sí algunos objetos que eran ajenos.

Esta es una mala costumbre digna de la más dura reprensión.

El maestro de Julio dejó un día sobre la mesa cuatro lindas pastillas de chocolate. Y el niño, aprovechándose de la salida del profesor, pasó violenta mente junto a la mesa, tomó una de aquellas lindas pastillas, y, en menos tiempo de lo que canta un gallo, se la devoró.

Vuelve el maestro a la clase, y nota que le falta una pastilla. Entonces pregunta con voz severa -¿Quién ha tomado una de las pastillas que he dejado aquí? Eran cuatro cuando yo me retiré, y ahora sólo encuentro tres. Tened la bondad de decirme quién ha tomado ese dulce.

Y vuelve el rostro hacia todos lados. Pero cada uno de los niños va

respondiendo

-Yo no he sido.

-Yo no he sido.

Nada dice el maestro, y queda en silencio por un buen rato. Mas a poco, Julio se pone pálido y em pieza a llorar, gritando:

-¡Me muero! ¡Me muero! ¡Un dolor!...

-Eres tú quien ha tomado la pastilla. Yo, al ver que a cada momento se me pierden las cosas, man dé preparar esas pastillas para descubrir al niño malo que aquí se toma los objetos ajenos. Esa pastilla contiene unos polvos purgantes. Ningún daño grave te acarreará; pero ha servido para descubrirte -87- y para castigarte, poniéndote en ridículo delante de todos tus compañeros. Espero que esta lección, aplicada a tiempo, te sirva para corregirte.

Julio, muerto de vergüenza, juró no volver a tomar lo ajeno. Y de allí en lo de adelante fue un niño muy aplicado, que supo reconquistar el cariño de su profesor y de sus condiscípulos.

Las cosas ajenas, aunque sean del tamaño y del valor de un alfiler, deben considerarse como sagradas. No lo olvidéis, pequeños.

Cuestionario

-¿Qué hizo el maestro para descubrir al niño malo? -¿Cómo se aclaró que Julio era quien había tomado la pastilla? -¿Sirvió este castigo a Julio?

-¿Cómo era Julio después?

- 65 -

El zorro

Este animal es peligroso y dañino.

Habita generalmente a las orillas de los bosques, para tener el placer de oír el canto del gallo y no perder la ocasión de llevarse a la gallina y a los pollos.

Ronda, durante la noche, alrededor de los gallineros y ¡ay del corral donde puede entrar!

Es animal que no pierde el tiempo. Luego que toma su presa, se retira con ella y corre a esconderla debajo de la hierba o dentro de su madriguera; en seguida sin probarla, vuelve, toma otra, y va a colocarla a un nuevo sitio; después vuelve por más, -88- y no descansa sino hasta que oye algún ruido o ve llegar la luz del día.

Cuando descubre el lazo o la liga que está puesta para coger aves, se las roba antes de que llegue el cazador.

Persigue a los conejos en el campo; saca de sus madrigueras a los gazapillos; busca los nidos de las perdices y, cuando los encuentra, se roba los huevos o se come a los pajarillos recién nacidos. Si nada de esto encuentra, entonces se contenta con devorar culebras, ratones, sapos o lagartijas.

No le abandona su inteligencia cuando se ve perseguido, y manifiesta entonces más astucia que cuando él mismo persigue a otro animal. Su recurso más seguro es ocultarse en la madriguera, que siempre es profunda y está abierta en los peñascos o entre raíces.

El zorro es muy parecido al perro en la forma del cuerpo; pero tiene la cabeza más grande que éste, el hocico mucho más aguzado y la cola gruesa y larga.

El zorro se encuentra en algunos países fríos, es muy buscada para hacer con ella abrigos elegantes que se usan en el invierno.

Cuestionario

-¿De qué se alimenta el zorro? -¿Qué diferencia tiene este animal con el perro? -¿Qué hace cuando encuentra un lazo puesto para coger pajarillos? -¿Persigue a las liebres? -¿Hay zorros en América? -¿Qué se hace con la piel del zorro?

-89-

- 66 -

El aguacero

Mirad, mirad una nube
y tras ella muchas más;
los árboles ya se inclinan
cual si quisieran pensar.

Una gota ya cayó,
y muchas otras caerán;
¿no miráis? Relampaguea;
¡corramos! Va a comenzar.

Bajo los sauces tupidos
aguaceros llegad;
caiga la lluvia, que aquí
no nos habrá de mojar.

¡Bien hayan los altos fresnos
que amiga sombra nos dan,
y amorosos nos protegen
del soplo del vendaval!

De las colinas y el monte
los corderos bajan ya,
y tras ellos los pastores
que les guardan, bajarán.

Mas ved que todas las nubes
se comienzan a rasgar,
y entre ellas nos manda el Sol
un beso de claridad.

-90-

Todo en la tierra renace,
nueva vida a disfrutar;
que después de un aguacero,
vive todo y goza más.

Ángela Lozano.

- 67 -

La casa y el nido de golondrinas

Una golondrina había construido su nido bajo el alero de cierta casa que habitaba una numerosa familia.

Por las mañanas, la golondrina oía las frescas voces de los niños, y el ruido de los besos que los papás ponían en sus mejillas rosadas.

La hermana mayor entraba muy temprano a despertar a los chiquillos.

-¡Arriba! -decía abriendo la ventana-; ¡arriba, señores, que ya la golondrina trajo el desayuno a sus hijuelos!

Las niñas y los niños dejaban inmediatamente el nido sabroso, y procedían a levantarse, dirigidos por la hermana mayor.

La golondrina no oía jamás disputas ni palabras descompuestas.

Cuando ya todos los niños se habían lavado y peinado, pasaban al comedor para el desayuno, y en seguida corrían uno tras de otro al cuarto de sus papás, a fin de pedirles la bendición y despedirse.

-91-

Después salían para la escuela.

Pero antes de bajar la escalera, todos los niños dirigían sus ojos hacia el nido de la golondrina. Y si ella asomaba la cabecita negra, todos a una voz le gritaban cariñosamente:

-Buenos días, golondrina; adiós, adiós...

Y este alboroto y estos gritos alegres no asustaban a la golondrina, porque ella sabía ya que ninguno, en esta casa, era capaz de causarle el menor daño.

La golondrina contestaba con un trino, y los niños desaparecían.

-¡Qué feliz soy! -decía el pajarillo acomodándose en su nido-. ¡Qué casa tan hermosa y qué familia tan buena!

Cuando llegó el invierno, la golondrina partió; pero al volver la primavera, vino de nuevo al alero. La casa no había cambiado; pero los pequeños amigos de la golondrina no habitaban ya en ella. Otra familia había venido a instalarse allí, numerosa también, pero muy distinta. A menudo los hermanos y las hermanas reñían entre sí y se lanzaban palabras agrias.

La golondrina había perdido la confianza, y en su lugar entraba el temor.

No era sólo un presentimiento.

Cierto día en que la golondrina había ido al campo en busca de hierbecillas para acabar de construir su nido, se encontró, a la vuelta, con que los niños de la casa, armados de largos palos y de plumeros, habían echado abajo ese nido que tanto trabajo le había costado formar.

-92-

Asustada y triste, la golondrina huyó lejos de aquella casa que en otro tiempo había sido hospitalaria.

Y una vieja vecina, que lo había observado todo, dijo tristemente:

-Se ve que la paz y la dicha no habitan ya en esa casa; las golondrinas la han abandonado.

Tomad ejemplo de esa buena familia que primero ocupaba la casa, para que las golondrinas y la felicidad vivan también en vuestra morada, y no haya una voz que diga alguna vez:

-De esta casa inhospitalaria huyen hasta los pájaros.

Tercera parte

¡Amada patria!

Así platicaban dos niños a la hora del recreo en la escuela:

-Chapultepec es el bosque más hermoso del mundo.

Luis que era mexicano, decía esto; pero Pedro que era francés, decía esto otro:

-El bosque más hermoso del mundo es el de Bolonia, en París.

- No -repetía Luis-; en el bosque de Bolonia no son tan altos los árboles.

-Sí -decía Pedro-; los hay altísimos, más altos que los de Chapultepec.

-No puede ser -afirmaba Luis-; y, además, en Bolonia no hay un lago tan grande como el que hay en Chapultepec.

-Lo hay, y hasta más bonito; y no es uno solo, sino que son muchos los lagos, y muchos los cisnes y los patos que nada en ellos.

-No lo creo -replicaba Luis-; es imposible que haya un lago más grande que el de aquí.

-94-

-Pues lo hay.

-Pero entonces, los domingos no habrá tanta gente paseando, ni tantos coches, ni automóviles.

-Eso crees, porque no has ido allí; pero, si estuvieras, verías. La fila de coches mide leguas y leguas...

-No, no; eso no puede ser. Ni los coches, ni la gente, ni el lago, ni los cisnes de Bolonia pueden parecerse a lo que aquí vemos los domingos en Chapultepec. Es un bosque muy hermoso.

-¡No vale nada tu bosque! -dijo Pedro en estilo violento.

-¡El tuyo vale menos! -dijo Luis en el mismo tono.

-¡Es horrible tu bosque!

-¡El tuyo lo es más!

-¡No, no!

-¡Sí, sí!

A los gritos descompuestos de los niños, el maestro acudió, y, al saber la causa, dijo así:

-Son reprobables vuestros gritos, pero no lo es la causa de ellos, pues ambos tenéis razón. Para ti, Pedro, el más hermoso bosque es el de Bolonia, porque está en París, y París es la tierra en que naciste. Para ti, Luis, el bosque más hermoso es el de Chapultepec, porque está en México, y México es la tierra donde tú abriste los ojos. Los dos tenéis razón, porque no hay nada más bello y más querido que la Patria. Pedro: tú que eres el mayor, da tu mano a Luis y dile de este modo:

-Chapultepec y Bolonia son dos bosques hermosos; pero tenemos obligación de preferir cada uno -95- el nuestro, porque la defensa de la Patria es una obligación desde que sabemos hablar. Así, alabo tus gustos y los respeto, rogándote que alabes y respetes los míos.

Pedro tendió la mano a Luis, y éste aun más generoso todavía, se arrojó en sus brazos. El maestro aplaudió, y todos los niños gritaron en coro: ¡Viva

México! ¡Viva la Patria!

Pero a este grito, glorioso y argentino, Pedro recordando su bosque y su tierra, a los que no veía desde mucho tiempo atrás, llevó la mano a los ojos y rompió a llorar.

Entonces el maestro, comprendiendo la causa de esas lágrimas, gritó con vigor:

-Consolad a este niño que está en tierra extranjera, y gritad juntos conmigo: ¡Viva Francia! ¡Vivan los franceses!

Todos los alumnos alzaron los brazos con entusiasmo loco, y las paredes de la clase se estremecieron al oír aquel grito vibrante y hermoso que decía:

-¡Viva Francia!

Pedro, al oír aquello, enjugó sus lágrimas, y una hermosa sonrisa, tan hermosa como un arco iris, se pintó en su rostro.

Amad a la patria, pero quered y respetad a los extranjeros como si fueran hermanos.

Cuestionario

-¿Cómo se llamaba el niño mexicano? -¿Y cómo el niño francés? -¿De dónde era Pedro? -¿Cuál era el nombre de su bosque? -¿Debemos amar a la Patria? -¿Cuál es nuestra obligación con los extranjeros? -¿Por qué lloró Pedro? -¿Pudieron consolarlo sus compañeros?

-96-

- 69 -

¡Duerme, niño lindo!

-Un día la mamá de Juan dijo a éste:

-Voy a salir, y mientras vuelvo, tú quedarás al cuidado de Luisín. En la cocina está la vieja Ana haciendo la sopa; pero tú, que eres casi un hombre, porque ya tienes seis años cumplidos, permanecerás en la alcoba divirtiéndote a tu hermanito pequeño. Espero que sabrás cumplir con mi encargo. Hasta luego, Juanillo.

-Puedes ir tranquila, mamá, -respondió el obediente niño; -yo cuidaré de Luisín.

Y en efecto, tan pronto como la señora salió, Juan se acercó a la cuna, y como Luisín, que apenas contaba dos años, comenzó a llorar, el niño le dijo:

-Mamá no tarda; cállate, porque puede venir el coco. Y si no lloras, te voy a regalar unas cositas muy lindas.

Diciendo esto, salió a la otra pieza y trajo el gran muñeco rojo que decía en tono amable: mamá, papá; buenos días buenas noches.

Y como Luisín no callaba, trajo el ganso amarillo que hacía ¡guf, guf, guf!

Y como ni así callaba tampoco, trajo el sapo verde, que hacía ¡crac, crac, crac!

Este sapo era tan gracioso, tan bonito, tan divertido, que Luisín al ver cómo abría la boca y cerraba los ojos para lanzar su ¡crac, crac!, no pudo más, dejó de llorar, y soltó una alegre carcajada...

Contento ya, jugó con regocijo poniendo en fila el ganso amarillo, el muñeco rojo y el sapo verde.

-97-

Juan trajo, además, cuatro soldados de barro, pintados de azul.

Y con todos esos juguetes, y con todos esos colores en movimiento, Luisín comenzó a cerrar los ojos y se quedó dormido.

Entonces Juan, su hermano, bajó las cortinillas de la cuna y cantó con voz muy suave esta dulce canción:

A la rorro niño...
a la rorrórró...
Duérmete, niñoito
de mi corazón...

Y mientras la vieja Ana trajinaba en la cocina y hacía la sopa de ajo, la madre de los niños volvía, y al ver a Luisín dormido y a Juan cantando junto a la cuna sonrió con dulce sonrisa, abrazó a Juanillo, y dándole un beso en la frente, le dijo:

-He aquí el premio de tu obediencia y de tu buen corazón.

Cuestionario

-¿Qué canción cantó Juan a Luisín? -¿Qué juguetes le trajo? -¿De qué color eran el muñeco, el ganso y el sapo? -¿Cómo se llamaba la vieja criada?

-¿Cuántos años tenía Juan y cuántos Luisín? -¿Era Juan un niño obediente?

-¿Supo cumplir con el encargo de su madre? -¿Recibió la recompensa de su acción?

- 70 -

¡Tan, tan, tan!

-¿Qué quiere decir ese tan, tan, tan?

Es la campana que llama al comedor, porque ya está la comida en la mesa.

La pequeña Lucía, que paseaba en el jardín, oye con atención las tres campanadas, y se apresura a entrar en el comedor, porque sabe que su madre se disgusta cuando tarda.

Va hacia el lavabo para asear sus manos, y después de secarlas convenientemente con la toalla blanquísima, se acerca a la mesa y toma asiento junto a su hermana mayor.

Extiende la servilleta y la coloca, por medio de un broche, alderredor de su cuello. Hay que cuidar de que esté bien asegurada para que no resbale y haya riesgo de manchar el piqué de su bata blanca.

Lucía muere de hambre y de sed; pero sabe bien que los niños deben esperar a que se les sirva; y así, aguarda pacientemente a que le acerquen el plato con la sopa.

Teresa, la hermana mayor, sirve primeramente a don Fernando, el jefe de la casa; después a doña Lucía su esposa; después al tío Rafael, que es un señor alto, delgado, que nunca abre la boca para decir una palabra; después a Pedrín, el hijo mayor, y después a la pequeña Lucía.

Cuando ya todos están servidos, Teresa pone en su propio plato algunas cucharadas de sopa, y comienzan a saborear las viandas.

Lucía quisiera decir que aquella sopa tiene mucha sal; pero el tío Rafael, que nunca ha abierto la boca -99- para decir una cosa semejante, impide a la niña expresar con franqueza su opinión. Aquello disonaría, sería una frase de mala educación. Así, la pequeña Lucía acaba la sopa sin decir en alta voz el defecto que le encuentra; y la comida transcurre dulce y tranquilamente, al rumor discreto de los cubiertos y de la voz de daña Lucía, que refiere un recuerdo de su infancia.

Lucía cuida de no manchar el mantel, aquel mantel más blanco que un pétalo de lirio. Sería terrible que cayera en él una gota de salsa.

Cuando lleva el vaso de agua a sus labios, cuida de no beber con precipitación, porque esto no es de personas delicadas.

-Lucía -dice su padre-, ¿quieres más jamón? Lucía dice que sí, y Teresa pone más jamón en el plato de la pequeña.

Pero si don Pedro no hubiera dicho que se le sirviera mayor cantidad, Lucía no se habría atrevido a pedirlo, porque sabe también qué las reglas de la buena educación impiden repetir los manjares.

Mientras Teresa y el tío Rafael hablan amigablemente de la variedad de las frutas y de las flores en el mercado, la pequeña escucha sin interrumpir.

Lucía nunca interrumpe a los demás, porque esto no debe hacerse. Su mamá se lo ha dicho muchas veces en un tono grave, y ella no lo ha olvidado.

Concluida la comida, don Fernando bendice a sus hijos, y Lucía, después de quitarse la servilleta y de doblarla con mucho cuidado, se levanta de la silla y sale al jardín.

Es un día hermoso, y Lucía goza de él con el alma -100- tranquila y feliz de quien no ha recibido en mucho tiempo un reproche.

He aquí una niña que puede servir de modelo.

Cuestionario

-¿Se debe interrumpir la conversación de los mayores? -¿Es una falta manchar el mantel? -¿Es preciso colocarse al cuello una servilleta cuando vamos a la mesa? -Lucía ¿era una buena o mala niña? -¿Debemos imitarla? -¿De qué hablaban Teresa y el tío Rafael? -¿Era este caballero muy bien educado? -¿Qué hacía don Fernando al finalizar la comida?

- 71 -

La rosa amarilla

(Para recitar de memoria)

Amarilla volviose
la rosa blanca,
por envidia que tuvo
de la encarnada.

Temán las niñas 5
convertirse de blancas
en amarillas.

Explicación

Una rosa blanca se moría de envidia mirando el color encarnado de otra rosa que estaba cerca de ella; y tanta fue su envidia, que se enfermó de muerte y se volvió amarilla. Las niñas no deben permitir que penetre en su corazón el defecto de la envidia, pues ella afeará su semblante y su alma. Huyamos de la envidia como de una serpiente venenosa.

-101-

- 72 -

El caracol desobediente

El cielo está oscuro; las nubes se amontonan amenazando tempestad; el aire mece bruscamente las ramas de los árboles.

Poco después, la lluvia cae a torrentes; y más tarde el aguacero comienza a decrecer, y acaba por retirarse.

En los caminos, bandadas de caracoles se arrastran lentamente, respirando con delicia el aire fresco de la tarde.

Un caracol prudente se oculta bajo algunas hojas caídas, y su hijo, un caracolillo alegre y juguetón, viene y va, alzando sus cuernos con valentía.

El padre le dice:

-En esta húmeda tarde corremos peligros. Ocúltate, como yo, bajo las hojas, si no quieres que la mano de algún hombre te levante del suelo y te lleve a su cocina para freírte en una sartén.

Pero el caracolillo imprudente no escucha los consejos de su padre, y sigue yendo y viniendo por los senderos.

Cada vez se aleja más del caracol que lo aconseja, y cuando menos lo teme, una ruda mano lo levanta del suelo y se lo lleva en un canasto.

El caracolillo, asustado, muerto de miedo, hunde sus dos cuernos en la concha; pero esto no puede defenderlo del peligro, y poco después se ve encerrado en una especie de caja de madera, muy oscura, de la cual sale más tarde para caer violentamente en una gran cacerola, donde su pobre cuerpo se abrasa.

-102-

¡Oh, caracol imprudente!

caracol, caracolillo,

que por ser desobediente,

en una sartén caliente,

¡quemaron tu cuerpecillo!... 5

La desobediencia puede acarrear graves daños y hasta la muerte.

Cuestionario

-¿Qué dijo el caracol prudente a su hijo? ¿Se hubiera salvado si hubiese escuchado los consejos de su padre? ¿Dónde se escondía el caracol consejero? -¿Cómo murió el caracolillo desobediente? -¿Qué puede acarrear la desobediencia?

- 73 -
Alfonso

(Relato de un niño)

-Hoy -dijo la maestra-, va a entrar en la escuela un alumno nuevo; os recomiendo comedimiento para tratarlo. Evitad las risas y los secretos; portaos correctamente mientras os haga la presentación.

Y en la tarde, cuando todos estábamos en nuestros pupitres escribiendo las planas, una señora entró en el salón llevando de la mano a un niño. Este niño era el alumno nuevo.

Todos los rostros se volvieron para mirarlo, y casi ninguno de nosotros dejó de sonreír con cierta -103- risilla burlona, porque Alfonso, el nuevo: alumno, era jorobado.

La maestra, como había dicho antes, hizo la presentación del niño, y durante su alocución, mis compañeros y yo nos secreteamos a hurtadillas, reímos con disimulo e hicimos todo género de visajes para indicar con ellos que no pasábamos por alto la joroba de Alfonso.

Concluyó la presentación, terminó la clase y salimos a recreo.

Todos los niños se reunieron en grupos apretados, dirigiéndose al centro del patio, mientras Alfonso, en silencio, tomaba asiento en la banca del rincón.

Quisimos hacer ante él derroche de alegría, y comenzamos a jugar bruscamente, empujándonos con violencia.

Pero fue tal y tan fuerte la embestida, que yo caí al suelo de espaldas, haciéndome una herida en la cabeza.

Los niños, en el entusiasmo del juego, no pudieron ver que yo había caído y que la sangre manaba de aquella herida, y con los pies me lastimaban el cuerpo y la cabeza; pero en ese momento, Alfonso, que veía la escena desde la banca, saltó violentamente y corrió hacia mí.

Con fuerzas increíbles me levantó, y sosteniéndome por los brazos, gritó valientemente:

-¡Atrás, atrás...! ¡Ved que hay un compañero herido!

Y, a sus voces enérgicas, los niños interrumpieron los golpes, y la maestra vino a auxiliarme. Todos los niños, que eran mis amigos y que me -104- querían, tendieron su mano a Alfonso al ver que él, olvidando nuestras risillas de burla, había venido a salvarme.

Este acto generoso le valió el cariño de la clase entera. De un golpe conquistó los corazones de todos, y yo, le llamé, desde ese instante, mi amigo predilecto.

Compañeros: no os burléis nunca de los defectos físicos de los demás, porque ya veis que debajo de una joroba puede haber un gran corazón.

Cuestionario

-¿Cuál fue la recomendación de la maestra antes de que Alfonso entrara al colegio? -¿Por qué rieron con burla los niños al ver al nuevo alumno? -¿Es justo reír de los defectos de las personas? -¿Era piadoso que al salir los niños al recreo dejaran a Alfonso en la banca del rincón? -¿No debieran mejor invitarle a compartir sus juegos? -¿Cuál debió haber sido la conducta de los niños con Alfonso?

- 74 -

Los diez enanos

Inesilla, que contaba doce años, era huérfana de madre, y tenía que coser la ropa de su padre y de sus cinco hermanitos.

Inés vivía en la calle del Mirto, y siempre estaba ocupada, cose y cose...

Luisa, que vivía en la misma calle, era también huérfana de madre y tenía igualmente que coser la ropa de su padre y de sus hermanos. Luisa tenía trece años; pero en vez de ser más hacendosa que su amiga, por ser mayor que aquélla, era perezosa. -105- Y al fin de la semana, mientras que el canasto de Inés estaba lleno de ropa recosida y muy bien doblada, el canasto de Luisa estaba completamente vacío y la ropa rodaba por las sillas.

Un sábado, después que Inés terminó su costura, arregló sus cabellos, se puso el chal y fue a visitar a Luisa.

Esta, triste, disgustada, casi llorando de ver su canasto vacío, recibió a su amiga en la salita de la casa.

-¿Qué tienes? -le preguntó Inesilla-; ¿por qué te encuentro llorosa, despeinada, casi de mal humor?

-Tengo tristeza, disgusto y cólera-, dijo Luisa, porque hoy es sábado, y no he podido acabar de coser la ropa. Mañana domingo tendrán que cambiar sus trajes mi padre y mis hermanos, y no hay ninguna prenda recosida que darles... Esto me pasa muy frecuentemente, y no sé qué hacer para encontrar el remedio. Quisiera yo que se me apareciera una hada, y que ella me hiciera el trabajo.

-Querida amiga -dijo Inés después de oír a Luisa-: en otro tiempo a mí me pasaba lo mismo que a ti. Se llegaba el sábado, y yo no había podido

acabar de coser la ropa de mi familia. Pero he aquí que un día, estando yo en la puerta de mi casa pensando en que mi canasto estaba aún vacío, grité como tú: «¡quién pudiera llamar a una hada para que me ayudase!». Y no bien acababa de decir esas palabras, cuando una señora se me apareció y me dijo: «Yo soy esa hada que deseas, y aquí vengo a poner el remedio a tus males. Toma esos diez enanillos que aquí te dejo: ellos harán la costura».

-106-

El hada desapareció, y los diez enanos me ayudan a coser desde entonces...

-¡Es posible! -gritó con entusiasmo Luisa-; ¡por favor, préstame esos enanillos para que me ayuden a mí también!

Entonces, Inés, mostrando a Luisa los diez dedos de sus manos, le respondió:

-Estos son los enanillos, y tú también los tienes contigo. Encomienda a ellos el trabajo, y verás qué pronto lo acabas.

Esto significa que no hay mejor ayuda que la de nuestras manos.

Cuando la pereza quiera acometeros, dejad que las manos trabajen afanosamente, y la tarea estará concluida muy presto.

Cuestionario

-¿Quiénes eran los enanos del cuento? -¿Cuál de las dos amigas era la perezosa y cuál la trabajadora? -¿Tenían padre y madre esas niñas? -¿En qué calle vivía Inés? -¿Para quiénes cosía Luisa la ropa? -¿Qué hay que hacer para terminar rápidamente una tarea?

- 75 -

Juego divertido

Algunas tardes, cuando el papá y la mamá están descansando de sus trabajos, Guillermo, su hijo, a quien por cariño llaman Guillito, gusta de jugar con ellos.

Algunas veces el señor Duarte hace de caballo. Se pone sobre la alfombra, en cuatro pies, y Guillito monta sobre su espalda.

-107-

-¡Hop, hop, hop! -grita Guillo, alzando los brazos para azuzar al animal, que suele ser un poco brioso.

El papá encorva la espalda y la baja para manifestar que es un caballo bueno, que se dispone a caracolear. Pero Guillito es un soberbio jinete;

aprieta sus piernas sobre la cabalgadura, y ésta no logra moverlo de la silla. Además, para mayor seguridad, el niño rodea con sus brazos el cuello del caballo, y por más que éste brinca, se mueve y salta, Guillo encantado, riendo con todas sus fuerzas, continúa inmóvil sobre la montura, como la estatua ecuestre que hay en la Reforma.

Y mirando que el caballo no logra su intento de arrojar por tierra al jinete, éste baja orgulloso y pasea su triunfo a lo largo de la alcoba.

Otras veces el juego es más peligroso, porque el señor Duarte hace el papel de un terrible león; salvaje y feroz.

La fiera brinca furiosa, ruge con voces formidables y aterradoras, rasca con sus garras los flecos del tapete, agita la cabeza con desesperación y cólera, y se echa por fin a correr detrás de Guillito, quien todo tembloroso por el miedo, corre a acurrucarse como un ratoncillo en el regazo de su madre.

Pero el león, sediento de sangre, llega hasta allá, mete la cabeza en el delantal de la señora y atrapa al niño, cuyas mejillas se come... a besos.

En otras ocasiones se juega al vendedor.

El señor Duarte sale al corredor, sube a Guillito en sus espaldas, lo cubre con una colcha y vuelve hacia la recámara.

-108-

-Pam, pam, pam.

Es que llama a la puerta de la alcoba. La señora Duarte grita:

-¡Adelante!

Y el vendedor entra con su mercancía a la espalda, oculta por la colcha.

-Buenas tardes -dice la mamá.

-Soy un vendedor, señora; vengo de muy lejos; aquí traigo un perrito chihuahuero que va a gustaros mucho.

-No, -responde la señora-; no deseo ningún perro.

-¡Ah! pero es que no lo habéis visto; es un perro precioso, muy bien educado, que sabe andar en dos pies, dar la mano, reír, hablar...

-¿Cuánto vale? -dice la señora, convencida al fin.

-Veinte pesos.

-Serán quince.

-Está bien, señora; aquí tenéis el perro.

Y la señora Duarte recibe, en vez de un perro chihuahuero, al muy pícaro de su Guillito, que cae sobre su regazo materno en medio de estruendosas carcajadas...

Y he aquí cómo pasa los ratos de descanso una familia honrada.

No hay mejores juegos que aquellos que los niños comparten con sus padres.

Cuestionario

-¿Cuánto pagó la señora Duarte por el perrito chihuahuero? -¿Qué cosa

sabía hacer ese perrillo sabio? -¿Cómo ocultó el señor Duarte al niño, después que lo puso sobre sus espaldas? -¿Qué fiera fingía, el señor?

-¿Cómo se llamaba el niño? -¿En qué pieza de la casa jugaban todos?

-¿Cuáles son los mejores juegos?

-109-

- 76 -

¡Escuchad el consejo!

(Versos para recitar de memoria)

Dio Juana en la necedad
de estarse siempre mirando
al espejo, y contemplando
su extremada fealdad.

Y al ver siempre en el reflejo 5
de aquel cristal, la Verdad,
airada rompió el espejo.

Así hay muchos que reniegan
de los amigos que llegan
a darles un buen consejo. 10

- 77 -

La cabra Viqueta

- I -

Viqueta es una cabra rebelde y vagabunda, que ha huido del establo porque prefiere la libertad. Allá en el corral de la casa tenía las dulces caricias de su ama y la fina hierba que ésta compraba diariamente. Pero Viqueta ha desdeñado todo eso, y sólo quiere vagabundear y correr libremente. Vedla subiendo y bajando por las rocas, y mordiendo la hierba salvaje que prende sus raíces en las piedras.

Después que sacia el hambre, se echa a correr como una loca por las veredas escarpadas.

Esta vida montaraz la ha transformado. Ved su pelo áspero y largo, donde se prenden las púas de -110- los cardos. Sus ojos, antes limpios y suaves, son ahora hoscos y duros. Su voz ha enronquecido, y asusta a los pájaros.

Pero a Viqueta no le importan nada estas cosas. Quiere libertad; quiere correr; quiere vivir a su antojo sin la menor sujeción, sin la menor cadena.

Ya no se ve obligada, como antes, a acostarse a determinada hora sobre la paja blanca del establo. Hoy, si quiere, se acuesta; si no, no.

Hay noches enteras que se las pasa brincando, mientras los pájaros duermen en los árboles y las estrellas brillan en la altura.

Es feliz, porque bebe agua en el torrente, porque come hierba de los campos salvajes, porque el viento fuerte y caliente de la primavera acaricia su pelaje...

- II -

Pero he aquí que el otoño llega, y que la hierba comienza a enrojecer y a tostarse con los primeros fríos.

Y he aquí que el otoño pasa rápidamente, y que el invierno se presenta de pronto, implacable, duro, terrible, congelando el torrente, agotando la hierba, cubriendo el campo con un manto de nieve.

Los copos bajan y bajan; y Viqueta, helada, aterida medio muerta, no encuentra un refugio donde meterse.

No puede beber agua, porque el torrente es un gran trozo de hielo tirado en la hondanada; no puede comer, porque la hierba ha desaparecido. El viento hiela sus huesos; la nieve hiere sus ojos... ¿Qué hacer?

-111-

Viqueta, sin quererlo, vuelve su pensamiento hacia el establo, donde la paja tibia forma colchón mullido; donde la hierbecilla sabrosa no falta en el rincón; donde las tablas abrigan del viento; donde la mano del ama acaricia; donde su voz conforta...

Ahora, la soledad de los campos salvajes le parece espantosa. La nieve los cubre con un sudario de muerte.

Viqueta no resiste. Endereza la cabeza rebelde, y con nueva voluntad, que esta vez es digna de aplauso, dirige sus pasos hacia el establo de su ama, al que llega por fin después de caminar fatigosamente en medio de la nieve

y del viento.

La bella Juana, el ama de Viqueta, que ha oído ruido fuera del establo, se asoma, y al abrir la puerta, Viqueta, vacilante, medio muerta, entra en la cocina y cae a los pies de Juana, demandando con su actitud el perdón de sus culpas.

Juana perdona a Viqueta; y la cabra vuelve a sentirse feliz recordando ahora que más que la libertad a solas, valen las dulces cadenas del cariño, impuestas por los que nos quieren.

No lo olvidéis, y cuando las obligaciones que os exigen vuestros padres y maestros, comiencen a pesaros, recordad la historia de Viqueta.

Recomendación: Haced que los niños relaten esta historia.

-112-

- 78 -

La avispa

El padre de Margarita era un hombre muy ilustrado, que gustaba de coleccionar toda clase de insectos para estudiarlos.

Un día, antes de salir, dijo a su hija:

-Ten cuidado de no tocar el pomo verde que está sobre la columna, pues guarda una cosa de mucho interés para mí.

Y aunque la chiquilla pareció atender muy bien la recomendación de su padre, tan pronto como éste salió, corrió hacia el estudio y se puso a rondar la columna, preguntándose con ansia: ¿Qué puede haber dentro de ese pomo? ¿Serán cosas de comer? ¿Frutas, ciruelas, azucarillos...?

La niña, embargada por la curiosidad, se dijo después de un momento:

-Voy a abrir el pomo, y como papá no sabrá que lo abrí, no podrá llamarme desobediente y no me castigará tampoco.

Dicho esto, Margarita, después de mirar hacia todos lados para convencerse de que nadie la veía, alargó los brazos, tomó el pomo y lo puso en el suelo.

En seguida sentose en la alfombra, desatornilló la tapa del frasco y metió la mano en él; pero no bien acababa de hacerlo, cuando un grito agudísimo se escapó de la boca de Margarita... ¿Qué había pasado? La niña, sin comprenderlo aún, sacó violentamente la mano del frasco, y una gran avispa de alas amarillas salió de allí zumbando. Este avechicho acababa de clavar su aguijón en la enano de Margarita, y la infeliz niña, revolcándose de dolor, no acertaba sino a dar largos pasos por el estudio, apretándose la mano debajo del brazo.

Hubiera querido gritar, llamar, pedir auxilio; pero todo aquello la habría denunciado; así, sólo le quedaba medir la pieza con pasos desesperados y llorar en silencio.

Pensó que su padre no tardaría; por lo tanto, se apresuró a tapar muy bien

el frasco, y salió de la pieza.

Pero no contaba con lo peor; con que su mano, donde el agujón del animal se había clavado, comenzaba a hincharse rápidamente, convirtiéndose; en una cosa horrible, monstruosa, nunca vista...

Acababa de hacer esta observación, cuando su padre llegó de la calle.

Este, al ver los ojos enrojecidos de la niña, se acercó a ella para preguntar la causa de su llanto; pero Margarita no tuvo que hablar, porque su papá había clavado, ya los ojos en aquella mano monstruosa...

-Un animal te ha picado, le dijo inmediatamente; ¿cómo?, ¿dónde?...

Veamos...

Al observar la picadura, una sospecha, cruzó por su mente, y dirigiéndose al estudio, fue- en busca del frasco; pero no tuvo que destaparlo para convencerse de lo sucedido, porque la avispa revolaba zumbando en el aire...

-Hija mía -dijo el caballero a la niña-, no tengo que castigarte por tu desobediencia, porque estás suficientemente castigada.

Y realmente lo estaba, porque los dolores de Margarita -114- eran atroces, y su mano, deforme y roja, semejaba un animal monstruoso. Evitad la desobediencia.

Cuestionario

-¿Qué hizo Margarita cuando su padre salió de la casa? -¿Qué había en el frasco? -¿Qué hizo la avispa al salir? -¿Qué castigo recibió la niña? -¿Qué debemos evitar?

- 79 -

Los periquillos

-¡Qué bonita es la escuela y cómo quiero a mi maestro! -decía casi a gritos un periquillo, desde la más alta rama de un álamo gigantesco.

-Y yo- respondía otro perico, no puedo vivir sin asistir diariamente al colegio; cuando no puedo venir me fastidio.

-Lo mismo yo -gritaba una cotorra que venía, volando.

-Y yo lo mismo -contestaba un loro que acababa de llegar.

-No hay cosa más bella que el colegio -gritaron en coro todos los loros y todas las cotorras, que estaban posados en aquel álamo hermoso.

En ese árbol estaba la escuela. El maestro, un loro viejo y reposado, que tenía algunas plumas rojas entre las verdes, estaba con un libro en la mano, y repasaba la lección a los pericos:

-Ba, be, bi, bo, bu.

-115-

Todos los loros, obedientes y encantados, repetían con alegría.

-Ba, be, bi, bo, bu.

Bien sabían los pericos que el tiempo mejor para aprender es el de la niñez, y por eso escuchaban atentamente, repitiendo con todo empeño las palabras del profesor.

-¿Queréis -decía el maestro- que repasemos la aritmética?

-Sí, sí, sí- contestaban todos los pericos.

Y la lección comenzaba:

-Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis...

Después de un buen rato de repasar los números, el loro maestro decía:

-Veamos ahora el solfeo, ¿queréis?

-Sí, sí -volvían a decir los pericos.

Y el maestro comenzaba:

-Do, re, mi, fa, sol, fa, mi, re, do.

-¡Qué lindo! -decían unos mirlos que estaban en una encina-; ¡lástima que nosotros no podamos estar en esa escuela!

Efectivamente, como aquel colegio era sólo para pericos, los mirlos no podían ir a él.

-Veamos la recitación, indicaba el profesor. Y los pericos, en coro, decían:

Cogeré
la patata
con el pie;
no hablaré
de la pata... 15

-116-

-Muy bien, muy bien -decía el maestro-; la buena crianza manda que no se diga pata, sino pie. Veo que atendéis perfectamente a mis lecciones de educación. Veamos ahora la ortografía: ¿con qué letra se escribe zas?

Todos los loros, a una voz, responden:

-Con zeta, señor.

-¿Y tras?

-¿Con te, señor.

-¿Y pum?

-Con pe, señor.

-Muy bien; basta ya; ahora, ¡al recreo!

-¿Tan pronto, señor?... dijeron tristemente los pericos.

Esta exclamación manifestaba con claridad la aplicación de esos animalillos, su gusto por la escuela y su cariño por el maestro.

¿No os dice vuestra conciencia que esos loritos eran más estudiosos que vosotros?... Si así es, procurad corregiros para que no seáis menos que ellos.

Cuestionario

-¿Dónde estaba la escuela de los pericos? -Los mirlos ¿podían ir a ese colegio? -¿Qué se estudiaba allí? -¿Qué cantaban los loros? -¿Aprendían aritmética? -¿Cómo deletreaban? -¿Estaban los loros contentos en la escuela? -¿Debemos amar el colegio? -¿Debemos querer a nuestros maestros?

-117-

- 80 -
Acuarela

Es la mañana; nardos y rosas
mueve la brisa primaveral,
y en los jardines las mariposas
vuelan y pasan, vienen y van.

Una niñita madrugadora
va a juntar flores para mamá,
y es tan preciosa, que hasta la aurora
vierte sobre ella más claridad.

Tras cada mata de clavelina,
de pensamiento y de arrayán,
gira su traje de muselina,
su sombrerito, su delantal.

Llena sus manos de lindas flores,
y cuando en ellas no caben más,
con su tesoro de mil colores
vuelve a los brazos de su mamá.

Mientras se aleja, como dos rosas
sus dos mejillas se ven brillar,
y la persiguen las mariposas
que en los jardines vienen y van.

Rafael Obligado.

-118-

- 81 -

El eco

Paseando una tarde por el campo, Roberto gritó de pronto:

-¡Oh! ¡oh!

Inmediatamente una voz, que venía de lejos, gritó también:

-¡Oh! ¡oh!

Roberto, sorprendido, dirigió sus ojos hacia el horizonte, y dijo en un tono desagradable:

-¿Quién eres?

En el acto la voz contestó a lo lejos:

-¿Quién eres?

Roberto, enojado ya, exclamó:

-Debes de ser algún muchacho malvado...

-Muchacho malvado -repitió la voz.

-Debes de ser algún muchacho perverso -gritó fuerte Roberto, sintiendo que la cólera se le subía a la cabeza- sí, un muchacho perverso.

-Muchacho perverso -volvió a decir la misteriosa voz, a distancia.

Roberto, enfurecido, corrió hacia adelante y hacia atrás buscando al chiquillo que se burlaba de él; pero por más que anduvo de acá para allá, no pudo encontrar a nadie en el campo.

Cuando volvió a la casa, refirió a su madre lo sucedido.

-Me han insultado, madre mía, me han insultado.

-Roberto -le dijo su madre sonriendo- tú mismo te has insultado; es tu voz la que te ha ofendido. Esas palabras que oíste a distancia no fueron sino el eco de las tuyas.

-119-

-¿Qué es el eco? -preguntó Roberto, calmándose al oír la explicación de su madre.

-Voy a explicártelo de una manera muy clara: cuando tiras tu pelota de hule, ésta rebota y vuelve a ti; ¿no es verdad? Pues bien, en el campo, cuando hay algún montecillo y hablamos en alta voz, las palabras que salen de nuestros labios rebotan sobre el montículo y vuelven a nosotros un poco más débiles. ¿Comprendes ya? Así, todas esas palabras duras que oíste, salieron primero de tu boca y luego volvieron. Si en vez de insultos, hubieras dicho cosas amables, el eco te hubiera dicho a ti amables cosas. Porque el eco es un fiel repetidor, que nunca ha cambiado lo que oye.

Roberto escuchaba todo aquello sin pestañear. Y su madre, después de hacerle algunas otras explicaciones, acabó por decirle:

-Hijo mío: sé siempre amable y bueno para que los demás sean buenos y amables contigo. Hay quien devuelve mal por bien; pero no es todo lo corriente. Así, no pegues para que no te peguen; no insultes para que no te insulten. Trata a todos bien para que todos te traten bien a ti.

Haced de cuenta que la madre de Roberto os habla a vosotros, y atended a sus palabras.

Cuestionario

-¿Qué es el eco? -¿Con quién se enojó Roberto? -¿Qué hizo cuando creyó que algún muchacho le insultaba? -¿Se convenció de lo que su madre le dijo? -¿Cómo debemos tratar a los demás?

-120-

- 82 -

Consejo

El odio no tenga entrada
en vuestro pecho infantil,
porque es la pasión más vil
que el alma ofende y degrada.

José Rosas.

- 83 -

La semilla de plátano y la calandria

Una pequeña semilla de plátano se había salido del redondo fruto.
Sostenida por su fina pelusilla como por unas alas, voló ligera, y flotó a

merced del viento.

En aquella carrera suave y sin rumbo fijo, la semilla de plátano encontró una calandria que hendía el aire en línea recta, rápida como una flecha lanzada por hábil mano.

El pajarillo echó una mirada burlona a la semilla, que giraba a merced del viento.

-¡Pobrecilla! -le dijo-; te compadezco, pues no tienes alas. ¿Adónde piensas llegar así? No tardarás en caer al lodo...

-¿Qué sabes tú, pájaro, desdeñoso? -respondió la semilla-. Tal vez un día, a pesar de tus bellas alas, tengas necesidad de la pequeña semilla que el -121- viento arrastra a su capricho, y que no tiene otras alas que su fina pelusilla...

Había vuelto el invierno muchas veces después de este encuentro.

La calandria, huyendo del frío, había abandonado aquellos campos y había ido a colgar su nido en lejanos bosques calentados por el sol.

Un día, la calandria revolaba alegremente por una llanura, cuando de pronto sonó un tiro, y un perdigón de plomo rozó el extremo de sus bellas alas.

El pobre pájaro huyó, lanzando agudos gritos. Sonó un segundo tiro, pero la calandria había logrado alcanzar un joven plátano, el único árbol de aquella gran llanura, y se había ocultado en lo más espeso de su follaje verde.

Entonces, del corazón del mismo árbol salió una voz que decía:

-¿Te acuerdas de una pobre semilla que encontraste un día volando a merced del viento? Pájaro hermoso: a no ser por esa pequeña semilla que el huracán arrastró una vea hacia estos lejanos sitios, el suelo que te vio nacer no oiría tu alegre cantor en la próxima primavera. Calandria hermosa: dame las gracias y mírame bien antes de partir. Puedes ya volar, pues el peligro ha pasado. Cuando vuelvas, me encontrarás cada vez más grande y más fuerte, pues tengo ante mí cien años de vida. Vuela, aléjate, si así te place; pero no olvides que nunca se debe despreciar a los pequeños y a los débiles, porque -122- éstos pueden prestar también, como los grandes y los fuertes, alguna utilidad.

Cuestionario

-¿Cómo se llamaba el pájaro que figura en este cuento? -¿Qué dijo la calandria a la semilla cuando se encontraron en el viento? -¿Qué aconteció a la calandria cuando el tiro sonó? -¿Hirió el perdigón a la calandria? -¿Adónde fue a refugiarse la calandria? -¿Qué dijo el plátano al pajarillo? -¿Cuántos años aseguró el plátano que podría tener de vida?

La modestia

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dio principio a su reinado
al nacer la primavera.
Su voluntad poderosa,
porque también era uso,
quiso una flor por esposa,
y regiamente dispuso
elegir la más hermosa.

Lujosa la corte brilla.
El rey, admirado, duda,
cuando ocultarse, sencilla,
vio una tierna florecilla
entre la hierba menuda.
Y por si el regio esplendor

-123-

de su corona le inquieta,
preguntole con amor:

-¿Cómo te llamas?

UN VERSO 'M' O 'F' NO PUEDE LLEVAR INDENTADO

-Violeta

-dijo temblando la flor.
-¿Y te ocultas cuidadosa
y no luces tus colores.
violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
va el rey a elegir esposa?

Siempre temblando, la flor,
aunque llena de placer,
suspiró y dijo: -Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.

El rey, suspenso, la mira
y se inclina dulcemente;

tanta modestia le admira;
su blanda esencia respira,
y dice alzando la frente:

-Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta;
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta.

Selgas.

-124-

- 85 -

Fuego en el bosque

Fernando y Juanita eran hijos de un leñador, y habitaban, con sus padres, una cabaña de tablas en medio del bosque.

Un día, su padre y su madre partieron para la ciudad llevando leña, y los niños quedaron solos en la cabaña. De pronto, Juanita vio que el cielo se iluminaba con un gran resplandor rojizo. Llamó a su hermano para mostrarle aquella luz, pero él nunca había visto una cosa semejante.

-Parece que el cielo esté ardiendo -exclamó Fernando.

Al cabo de algún tiempo, el calor se hizo mucho más fuerte. Después aparecieron las llamas a lo lejos, entre los árboles, y cubrió el cielo una espesa nube de humo denso y negro; al mismo tiempo sonaban estruendosos crujidos. Los niños comprendieron que todo el bosque estaba incendiándose.

-¡Tengo miedo! ¡tengo miedo! -gritó Juanita, echando a correr para salvarse.

Pero por todos lados se veía una barrera de llamas, excepto a la derecha, donde se alzaba una muralla de rocas imposibles de franquear. Los niños estaban envueltos por el fuego.

Llamaron en su auxilio con gritos agudos; pero sus voces eran dominadas por el ruido del incendio, y, por otra parte, ¿quién hubiera podido acudir en socorro suyo? El círculo de llamas que los envolvía se iba ensanchando cada vez más.

Juanita, loca de terror, acabó por ir a esconderse en la cabaña de sus padres, bajo la cama y cerró los -125- ojos para no ver el horrible

reflejo que iluminaba la habitación.

Felizmente Fernando, que era el mayor, no se dejó aturdir por tan insensato miedo, y reflexionó que si se quedaban en la cabaña de madera, no tardarían en ser pasto de las llamas.

-¡Oh! -pensaban- ¡si pudiese encontrar un sitio para ponernos al abrigo, como, por ejemplo un agujero bajo tierra!

De pronto le ocurrió una idea. En las rocas que estaban cerca de la cabaña, habían abierto a pico una especie de cueva, donde el leñador guardaba sus instrumentos de trabajo y los sacos de carbón. Fernando arrancó a Juana de su refugio y ambos salieron corriendo hacia la cueva. El calor era ya terrible y los niños lograron con trabajo, llegar a las rocas; el sudor corría por sus frentes y el humo los ahogaba; pero una vez en la cueva, hallaron un poco de frescura y fueron a acurrucarse en un rincón.

Ya no tenían nada que temer: desde su oscuro agujero asistían a los progresos del incendio. Todos los árboles del bosque se incendiaban uno tras otro; en un abrir y cerrar de ojos, las llamas, subían desde la base a la cima o viceversa, bajaban de la cima al pie, y las ramas se retorcían, crujiendo entre aquellas rojizas llamas.

El fuego llegó pronto a la pequeña choza del leñador, donde estaban los niños hacía un momento. Vieron desaparecer la amada casita de su padre, como una cáscara de nuez en medio de una hoguera. Momentos después quedaban solos, perdidos en medio -126- del gran bosque incendiado, sin otro abrigo que aquel agujero abierto en la roca.

Juanita estaba aún tan llena de miedo, que no hablaba una palabra; pero pasado el primer terror, se echó a llorar a lágrima viva, gritando: ¡mamá! ¡mamá!...

-No llores -le dijo Fernando, besándola suavemente-. Nuestros padres están en la ciudad, y se han librado del incendio; tan pronto como el bosque acabe de arder, volverán a buscarnos.

Juanita se calmó y secó sus ojos. El día iba adelantando y el incendio continuaba su obra. Los niños, que no habían comido nada desde por la mañana, empezaban a sentir el tormento del hambre.

-¿Qué va a ser de nosotros -pensaba Fernando- si el incendio continúa varios días?

La niña había empezado a llorar nuevamente, repitiendo en voz baja: ¡mamá! ¡mamá!...

De pronto, en el fondo de la cueva, detrás de los sacos, se oyó un ligero ruido, como el batir de unas alas. Después sonó un canto alegre: el de una gallina que acababa de poner.

-127-

- 86 -

El fuego en el bosque

(Concluye)

Los dos niños corrieron al fondo de la cueva, y divisaron una gallina gris, que había establecido su nido detrás de los sacos. Desde hacía varios días iba allí a poner sus huevos sin que la viesan, y, en el momento del incendio, se había refugiado en su escondite.

Fernando y Juana hallaron allí tres hermosos huevos, hiciéronles un agujerito en el cascarón y los sorbieron fraternalmente entre los dos. Durante este tiempo, la gallina se había encaramado en el mango de una hacha, y seguía cacareando.

Los niños estaban consolados, pues ya no se veían enteramente solos. La noche llegó bien pronto y la gallina se durmió la primera. Fernando hizo un lecho en la tierra con algunas virutas, en el que acostó a su hermanita. Él quedó un momento mirando arder en la obscuridad los árboles y preguntándose qué habría sido de sus amados padres; después, sus ojos se cerraron de cansancio y se acostó junto a su hermana.

Cuando los niños despertaron al día siguiente sintieron mucha hambre, y buscaron con la vista la gallina gris, pero no estaba allí. Había ido a comer algunas hierbecillas en el musgo medio abrasado.

Fernando y Juanita salieron también para examinar el terreno.

Desgraciadamente no quedaban ni señales de la casa paterna. En torno ardían aún, aunque sin llama, los troncos más viejos; el suelo -128- estaba sembrado de carbones, y no había que avanzar mucho porque el bosque seguía ardiendo. Los niños volvieron a la cueva, desalentados. No podían hacer sino esperar, y el hambre los atormentaba.

¡Qué largas les parecieron las horas! Al anochecer, Juanita estaba tan débil que no podía tenerse en pie; sentose en el suelo, con los ojos bañados en lágrimas.

De pronto, Fernando oyó fuera un ligero ruido, un cloqueo tímido. ¡Qué felicidad! Era la gallina, que iba a poner su huevo. El animalito avanzó despacio, pasó delante de los niños, saltó detrás de los sacos, y, al cabo de un minuto, resonó su triunfal cacareo: había puesto.

Los niños acudieron y encontraron en el nido un hermoso huevo, que levantaron apresuradamente. Fernando sólo quiso tomar un trago, y dejó a su hermana la mayor parte. En su vida habían disfrutado comida más exquisita que aquel huevo.

Sin embargo, al llegar la noche se durmieron con gran tristeza: sus padres no venían o socorrerles, y aún se veía en el horizonte una gran cintura de fuego.

Al día siguiente, cuando apenas comenzaba a amanecer, Fernando oyó distintamente que alguien pronunciaba su nombre. Lanzose fuera de la cueva, y cayó en brazos de su padres que habían acudido en busca de sus hijos tan pronto como las llamas les dejaron paso. Todos estaban tan conmovidos, que apenas podían hablar. Sin embargo, la madre preguntó:

-¿Y tu hermanita?

-Aquí está, dijo Fernando.

El padre y la madre entraron a la cueva. Juanita dormía aún en la cama de virutas que su hermano le había preparado, y estaba cubierta con el abrigo de Fernando.

-Hijo mío, has cumplido con tu deber de hermano mayor; está muy bien cuanto has hecho -dijo el anciano padre con las lágrimas en los ojos.

En tanto, la madre se había inclinado sobre Juanita y la despertaba con un largo beso.

La niña, al abrir los ojos, creyó seguir soñando.

«Ayúdate y ayuda a los demás». Esta hermosa máxima debe vivir eternamente en vuestro corazón.

Cuestionario

-¿Cómo se llamaban los niños de esta historia? -¿Con qué se alimentaron durante el incendio? -¿Se supo la causa de aquel incendio? -¿Dónde se escondieron mientras el bosque ardía? -¿Fernando cuidó bien a su hermanita mientras pasaba el peligro?

-130-

- 87 -

El perro y el gato

(Fábula)

Envidiando el perro al gato,
y el gato al perro... ¡qué par!
quisieron de voz cambiar
en mutuo y formal contrato.
Accedió Júpiter grato 5
de ambos a la petición;
pero ni asustó al ladrón
el perro diciendo miau,
ni el gato con su guau, guau,
logró asustar al ratón. 10

Convencidos de su yerro,

pidieron ambos danzantes,
el gato, maullar cual antes,
y aullar, cual antes, el perro.
Jove, desde su alto cerro, 15
volvió a escucharlos propicio;
y el can, tornando a su juicio,
dijo al gato: «¡Adiós, consocio!
cada cual a su negocio,
quiero decir... a su oficio». 20

- 88 -
Estudio

Diga cada uno qué es lo que más le agrada estudiar.
¿Recordáis de cuántas partes se compone el libro primero?
¿De cuántas se compone este libro que estamos estudiando?
¿Quiénes cuidan del orden en las calles?
¿Con qué rapidez corren los automóviles, doble o triple que los coches?
¿En qué tiempo va uno de la Plaza de Armas a Chapultepec, yendo en tranvía?
¿En qué tiempo va uno caminando a pie?
¿Las bicicletas corren más aprisa que los tranvías?
¿Cae nieve en México al llegar el invierno? Decid cómo os figuráis la nieve.
¿Es extremo el clima en México?
¿Hace aquí tanto calor como en el puerto de Veracruz?
¿México está junto al mar?

-132-

- 89 -
El paralítico

Luis y Juan eran gemelos y habitaban con sus padres una casita perdida en medio del campo.
Luis, niño robusto, de sólidos pies, hacía bravamente todos los días una larga caminata de cerca de una hora, para ir a la escuela de la aldea vecina.

Pero Juan, delgado y pálido, quedaba sentado mañana y tarde junto a la ventana. Desde su nacimiento, sus piernas estaban flojas y se negaban a sostenerle.

Un día Luis le encontró bañado en lágrimas.

-¿Qué tienes, hermano? -le dijo besándole tiernamente.

-¡Ah! -respondió Juan- es muy triste estar aquí todo el día; no puedo ayudar a nuestros padres como tú, ni puedo ir a la escuela, así no sé nada y seré toda la vida un ignorante.

Al decir esto, el niño seguía llorando con más fuerza.

Luis sentía, por su parte, la pena de su hermano, y tenía el corazón encogido, sin acertar a darle con suelo.

De pronto se le ocurrió una idea.

-Juan, no llores -dijo-; irás a la escuela y no serás ignorante. Pidamos a nuestro padre que nos preste su carretilla y yo te llevaré en ella a la aldea.

Desde el día siguiente, Juanillo, lleno de gozo, viajaba sobre la carretilla, llevando consigo sus libros y cuadernos, y Luis, con sus brazos ya vigoroso, empujaba alegremente la carreta.

Al cabo de algunos centenares de pasos, Luis comenzó -133- a sentir una gran fatiga; la carretilla, que al principio le parecía ligera, se había vuelto más pesada, y parecía al niño que se le iban a arrancar los brazos; pero Luis era perseverante, y la vista de su hermano, tan feliz con el pensamiento de poder ir a la escuela, le daba nuevo valor. Después de haber descansado un momento, volvió a emprender la marcha, llegó a la escuela e instaló él mismo a su hermano en un banco al lado suyo.

Lo mismo hizo los demás días. En la época de frío, Juan se envolvía en una manta de abrigo, y, cuando llovía, abría un gran paraguas encarnado. Luis, por su parte, como empujaba la carretilla, no tenía nunca frío y se reía de la lluvia.

Juan trabajó con tanto ahínco en la escuela, que no tardó en ser el primero en la clase, adelantando a todos sus camaradas.

Más tarde sus piernas adquirieron fuerza y pudo andar; pero era demasiado delicado para trabajar en el campo; entonces dejó a Luis reemplazar a su padre, ya viejo, y él, gracias a su instrucción, logró entrar de empleado en una oficina.

¡Cuán agradecido estaba a su buen hermano Luis!

-Ahora -decía- mis padres, en vez de tenerme como inútil, a su cargo, pueden contar conmigo, tanto como con los brazos robustos de Luis; estoy orgulloso de ello, y lo debo a mi hermano mayor; gracias a él, podré trabajar toda mi vida y ser independiente y feliz.

Cuando hay en la familia un niño impedido, sus hermanos deben amarle más que si estuviese fuerte y sano.

Pues, señor, este era un ratón que hilaba lana en el torno.
Vino el gato y ¡tras! le arrancó el rabo.
-¡Gato! -dijo el ratón- te suplico que me devuelvas el rabo.
-Te lo daré si me traes leche.
El ratón fue corriendo adonde estaba la vaca.
-¡Vaca, te suplico que me des una poca de leche! Tengo que llevársela al gato para que me devuelva mi rabo.
-Sí, ratón; pero traéme antes alguna hierba.
El ratón corrió al establo.
-Te suplico, establo, que me des una poca de hierba. Es para la vaca, ésta me dará leche, le llevaré la leche al gato, y el gato me dará mi rabo.
-Sí, ratón; pero no puedo abrir por falta de llave. Traéme una.
El ratón fue corriendo a casa del cerrajero.
-¡Te suplico, cerrajero, que me hagas una llave! Se la daré al establo, él me dará hierba, llevaré la hierba a la vaca, la vaca me dará leche, le daré yo la leche al gato, y el gato me dará mi rabo.
-Sí, ratón; pero no tengo carbón. Traéme un poco.
El ratón corrió hacia la carbonera.
-Carbonera, te suplico que me des un poco de carbón. Es para el cerrajero, que hará la llave.
Le llevaré la llave al establo y me dará hierba.
Le llevaré la hierba a la vaca y me dará leche.
Le llevaré la leche al gato y éste me devolverá mi rabo.
-135-
-Sí, ratón; pero antes tienes que traerme una pluma.
El ratón corrió donde estaba la gallina.
-Te suplico, gallina, que me des una pluma.
Se la llevaré a la carbonera, que me dará carbón.
Llevaré el carbón al cerrajero, que me dará una llave.
Daré la llave al establo y él me dará hierba.
Llevaré la hierba a la vaca, y ella me dará leche; daré la leche al gato, y él me devolverá mi rabo.
-Sí, ratón, te daré la pluma con mucho gusto.
Y el ratón brincó de alegría y echó a correr.
Pronto llegó a la carbonera, entregó la pluma, cogió el carbón, y volvió a brincar y a correr.
Llegó presto a la casa del cerrajero quien le entregó la llave todavía caliente, y el ratón corrió con ella al establo.
Dio la llave, cogió la hierba y llegó a escape adonde estaba la vaca.
Le dio la hierba a la vaca.
Recibió la leche y llegó contentísimo adonde estaba el gato cruel.
El gato, satisfecho con la leche, le devolvió el rabo al ratón.
Y el ratón, después de celebrar el buen éxito de todas sus aventuras, volvió a hilar su lana en el torno.

Los días son fríos,
las noches son largas,
y el viento del Norte
silba en la ventana.
Duérmete en mi seno,
duerme, hijo del alma,
que en tanto que todos
tranquilos descansan,
sólo tú, amor mío,
despierto te hallas.
Durmiendo está al lado
del fuego, la gata;
y ya en la pradera
los grillos no cantan;
ya nada se mueve
en toda la casa,
sólo un ratoncillo
que roe una tabla.
Niño, ¿por qué miras
hacia la ventana?
¿Acaso te asustan
la luna que irradia,
la lluvia que suena
y el viento que brama?
Duérmete, amor mío,
-137-
duerme hasta mañana
duerme y no te asusten
el viento y el agua,
que mientras el niño
durmiendo descansa,
su madre y los ángeles
el sueño le guardan.

El pequeño Enrique, acompañado de la criada camina despacio, sin apartar los ojos del gran polichinela que lleva en la mano.

-Date prisa -dice a cada momento la criada, dirigiéndose al niño-; ya es muy tarde, apresúrate. Después de cruzar algunas calles, la doméstica y Enrique se encuentran con un ciego.

El pobre hombre, con la mano tendida en el aire implora la caridad.

-¡Señores, una limosna por amor de Dios!...

La voz del ciego es suplicante, humilde, insinuadora. Con los ojos empañados y tristes, mira hacia arriba, como invocando al cielo, para que venga en su auxilio y le ayude a conmover los corazones de los hombres.

-¡Una limosna por el amor de Dios!...

Pasan por la calle señoras muy elegantes, que llevan sombreros vistosos; caballeros que portan relojes; -138- criadas que vuelven del mercado con canastas llenas de legumbres; niñeras alegres, con delantales blanquísimos, adornados de encajes.

El cuadro es bello. La mañana es hermosa. Todos llevan retratada la dicha en el semblante.

Pero ninguno de los transeúntes, al pasar junto al ciego se fija en él.

Todos parecen muy ocupados con su propia felicidad, y ésta no les deja tiempo para pensar en la de los otros.

-¡Una limosna por el amor de Dios!... -repite el pobre hombre.

Aquella súplica es triste, es dolorosa, es irresistible.

Enrique, al oírla, aparta del polichinela sus ojos, y los fija en aquel desventurado.

Esa mano pálida, huesosa, suplicante, impresiona el delicado corazón del niño, y éste busca violentamente en su bolsillo alguna moneda que dar al ciego.

Pero en el bolsillo no encuentra ninguna moneda: el bolsillo está vacío.

-Luisa, dice a la doméstica, dame algo para este pobre ciego...

Pero la criada, con hartazgo de sentimiento, ve que no lleva nada tampoco.

Enrique, angustiado, clava sus ojos en aquella mano suplicante, que se alarga en el vacío demandando una limosna que no llega nunca.

-¡Por el amor de Dios, señores, una limosnita!...

El niño; en un arranque heroico, y no teniendo moneda alguna que dar al pobre, alza el brazo y pone su polichinela en la mano del ciego...

-139-

-¿Qué es esto? -dice el hombre palpando el muñeco.

La criada, enternecida, con los ojos llenos de lágrimas, le explica lo sucedido.

Y entre grandes sollozos que obligan a la gente a detenerse, el ciego abraza al niño, diciéndole:

-Bendito seas, angelito de Dios, bendito seas... Este muñeco es la más

hermosa limosna que he recibido en toda mi vida!...

Enrique sonríe dichoso. Y un caballero muy elegante, que ha presenciado la escena, se acerca al ciego, y después de hablar con él algunas palabras, que nadie oye, le dice en alta voz:

-Venga usted conmigo; vivirá en mi casa y nada volverá a faltarle.

En seguida, dirigiéndose al niño, exclama:

-Tu hermosa acción ha dado la dicha a este hombre; y sólo por tu ejemplo he sido yo capaz de hacer una obra buena. ¡Que Dios te bendiga, y que esa bendición alcance a tus padres, que te dieron la existencia!

Una gran muchedumbre se ha juntado en la calle, y el niño es llevado a su casa entre gritos y aplausos.

Sed caritativos con los pobres. Cuando no llevéis dinero, dadles una palabra amable o una sonrisa, que esto también es limosna.

Cuestionario

-¿Qué dio Enrique al ciego? -¿Tenía buen corazón este niño? -¿Cómo agradeció el ciego el regalo del pequeño? -¿Quién se acercó después que el niño entregó su muñeco al pobre? -¿Qué hizo el caballero con el ciego? -¿Cómo volvió Enrique a su casa? -¿Qué debemos hacer cuando no tengamos dinero para dar a los pobres?

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

